

11683

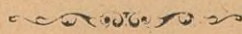
Feb. 17/07

EL GÉNIO EN TORTURA,

COMEDIA EN TRES ACTOS

POR

DON IGNACIO DE SAGASTA.



976

MADRID: 1869.

IMPRESA A CARGO DE D. DIONISIO CHAULIE,
calle del Almirante, núm. 7.

L47
3781

Ignacio de Sagasta

11/10

EL GENIO EN TORTURA.

COMEDIA EN TRES ACTOS

por

DOÑA ANTONIA DE SAGASTI

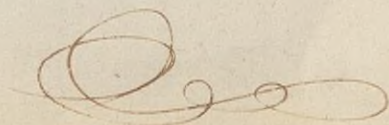
MADRID: 1868

IMPRESA Y CARGO DE D. DOMINGO GALLI

Calle del Compañero, núm. 11

L47-3781

EL GÉNIO EN TORTURA.



EL GÉNIO EN TORTURA.

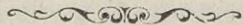
88-6

EL GÉNIO EN TORTURA,

COMEDIA EN TRES ACTOS

ISABEL, sobrina de Gonzalo.
BIENA, su criada.
TERRA, hija de Alonso y su hijo.
AGUSTINA, mujer de Gonzalo.
GONZALO, el héroe.

POR
DON IGNACIO DE SAGASTA.



MADRID: 1869.

IMPRENTA A CARGO DE D. DIONISIO CHAULIE,
calle del Almirante, núm. 7.



PERSONAS.

ISABEL, sobrina de Ossorio.

ELENA, su criada.

TERESA, ama de Alfonso y su hijo.

AGUSTINA, mujer de Sevilla.

GONZALO: el Génio.

ALFONSO, padre de Gonzalo: el viejo Coronel.

OSSORIO, amigo de Alfonso: abogado.

GARCIA, administrador de casas.

SEVILLA, zapatero; de ideas exaltadas.

Es propiedad del Autor, el que perseguirá por las leyes al que la represente
ó reimprima sin su permiso.

MADRID: 1888

IMPRESA A CARGO DE D. DIONISIO CHAVEZ

Calle del Abruzo, núm. 7

ACTO PRIMERO.

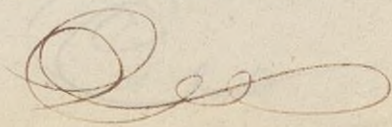
Calle del Desengaño.—Tienda de Zapatería.—Entrada á la misma por el portal.—El zapatero y su mujer habitan el quinto piso de la misma casa.

ESCENA PRIMERA.

SEVILLA Y SU MUJER.

AGUSTINA.—¡Jesús!... ¡qué marido tengo tan calavera y abandonado!...—
¡Yo no le puedo sufrir!—¡Qué tontas somos las mujeres al dejarnos engañar de tales hombres!...—¡Ya no tiene remedio! Ahora vendrá con algun periódico en la mano.—¡Cuánto mejor sería que estuviese en su taller y no en contiendas y borracheras!—¡Ya le oigo venir: me retiro; no le quiero ver!...

SEVILLA.—Mi mujer es toda una mujer, tan limpia y arreglada, que todo lo encuentro á pedir de boca.—No se puede dar esmero igual: cada cosa coloca en el sitio que le corresponde;—menos á su marido que, como le gusta andar de bureo, se cuida poco de que su mujer reniegue y se enfurezca.—Es claro; se empeña en que yo acceda ó haga su gusto, y como está muy lejos de conseguirlo, me sermonea de lo lindo y me pone una cara que nada tiene de Pascua ni del mes de abril.—¡No, pues como un dia me coja de mal talante, la doy una que no se ende-rece en siete meses!—Ya baja con el almuerzo... y de mal semblante, cuando menos, no me libro. Voy á leer entretanto



el periódico.—*Entra Agustina al poco tiempo, y le sirve el almuerzo.*—¡Qué fisonomía tan espresiva y alegre tiene mi zapatera!—¿Estás enfadada, eh?... Eso pierdes.

AGUSTINA.—Ya sé que maridos como tú, sin honra ni vergüenza, estiman tanto á su mujer como alguna bribona de las de calle y reja.

SEVILLA.—Quidá! no lo creas: nos juzgas mal. Hay hombres como yo, capaces de apreciar lo bueno de las mujeres; pero es tan poco lo que tienen, que no hay vista de lince que alcance á divisarlo.

AGUSTINA.—*Con pausa é ira.*—¡Por eso la tuya, como es de miope y torcida, no vé en nosotras nada laudable!...

SEVILLA.—Las mujeres, por regla general, todas son unas; pues la que no cojea del pié derecho, cojea del izquierdo, y muchas de los dos.

AGUSTINA.—*Algo separada.*—¡Hay valor con este hombre!... ¡Dios me dé paciencia!...—¡Qué tormento es vivir con un marido tan sin vergüenza y vicioso como el mio!...—*Se retira.*

ESCENA II.

SEVILLA Y GARCIA.

GARCIA.—*Baja de su habitación y entra en la tienda.*—El; más grande bribon, es Sevilla en su chiscón. ¡Canalla; canalla!... todos los tunos tienen suerte.

SEVILLA.—Sin duda por eso tiene tanta el señorito García.

GARCIA.—Dime, pillastre, ¿qué has hecho á Agustina que subia tan afi-gida?

SEVILLA.—Nada... ni siquiera la he dicho lo de otras veces: ¡Chiton! ¡que te sacudo!...

GARCIA.—¡Infeliz! ¡Cuánto ganaria la pobre si un rayo, un pedazo de metralla, una borrachera ó un demonio cargase con tu estampa!

SEVILLA.—*En tono irónico.*—Muchas gracias, simpático vecino; todo eso y más me alegraré que le suceda á usted en tiempo oportuno.

GARCIA.—Lo creo... ¡si no fuera por tu mujer!...

SEVILLA.—¿Por mi mujer?... ¿Con que teneis simpatías con mi mujer?...

GARCIA.—Sí!... las que inspira la compasion de una persona buena al lado de un marido tan calavera como tú.

SEVILLA.—*En tono familiar.*—Usted, señor García, conoce poco á las mujeres: así no me estrañan las palabras, los insultos que acaba vd. de dirigirme, de que *ganaría mucho mi Agustina si un rayo, un pedazo de metralla, una borrachera ó un demonio cargase con mi estampa.*

GARCIA.—¡Cierto!.... ¡Para qué sirves tú?

SEVILLA.—Le diré á usted.... sirvo para todo:—pues en la variedad está el gusto.—Pero no por eso vaya usted á creer que soy mal marido, y que lo mismo hago con casada que con soltera.... No; nada menos que eso. Donde más lucen mis dotes y mi variedad de gusto, es en la *política*. No puede usted figurarse lo aficionado que soy á los periódicos que hablan claro; á los de oposicion, á los que hacen la guerra sin tregua, sin descansos, tengan ó no razon, que para mí es igual; pues lo que yo quiero es el bullicio, la algazara, el movimiento; y.... *leña* y más *leña*, para enderezar á los torcidos y que no se tuerzan los derechos.

GARCIA.—Sí!.... empezando por tí y continuando con todo bullanguero que goza y se divierte y afana, en ver á la pobre España tan mal parada y dividida como se encuentra há muchos años.

SEVILLA.—Casi, casi tiene usted razon; y digo casi, casi, porque le falta á usted un poco, segun mi corto entender, al recetar á las primeras de cambio la *leña* para mí y á los que como yo piensan.—¿No seria mejor y más oportuno empezar por usted y sus amigos y afiliados?

GARCIA.—No!.... pues el que no se mezcla en nada, y no desea más que la paz y prosperidad de su nacion, es una barbaridad, y muy grande, perseguirle y tiranizarle.—Pero los que como tú, son exaltados como venenos y tienen el corazon cruel y valiente, bueno será sujetarles un poco.—¿No te parece, anárquico-político Sevilla?

SEVILLA.—No....

GARCIA.—*Separado y con pausa y admiracion.*—¡Pobre sociedad! ¡qué negra y qué terrible seria tu suerte en manos de tales hombres!...—¡Qué de males no causan los que escriben para trastornar en lugar de ilustrar, como ellos dicen!....—*Se vuelve á Sevilla y en tono familiar le dice:*—Dejemos la *política*, Sevilla, no seas tonto de capirote, atiende á tu oficio, tira esos periódicos que te pierden, cuida de tu mujer, y no la hagas penar tan amargamente.

SEVILLA.—¡Tirar yo los periódicos!... ¡renunciar á la política, á mi opi-

nion y partido, no hay que esperarlo del zapatero Sevilla!.... — De lo demás, usted sabe que las mujeres quieren dominar á los hombres, y que estos hagan ó accedan á sus gustos y caprichos; y las que, como la mia, no lo consiguen, son tan machacas, pesadas y fastidiosas, que erre que erre..... dale que dale.....sermon á todas.....

GARCIA.—*Con vehemencia.*—¿Por que sin cesar nos amonestan?... Por ventura, ¿se queja Agustina sin razon?... ¿Cuántas infelices como tu mujer sufrirán en silencio el despotismo cruel de sus maridos?

SEVILLA.—¿Y cuántos maridos, como Sevilla, se darian por satisfechos que sus mujeres no se mezclasen si son políticos *negros ó blancos, rojos ó azules*, y si se van por ahí, donde les venga bien?

GARCIA.—¡Magnífico!.... ¡Nada, nada, el hombre libre y sin freno de ninguna clase; y la pobre mujer que sufra en un rincón, pues no tiene derecho ni aun para mirar con malos ojos los excesos del marido!.... — *Volviéndose al público.*—¡Infeliz criatura!.... ¡tus únicas armas, que son persuadir y llorar, enfadan á los hombres!....

SEVILLA.—Usted, señor Garcia, defensor del bello sexo,—y en particular de mi mujer, aunque es bien fea por cierto,—no pase usted tan malos ratos por Agustina, pues solo de Ramos á Pascuas la quitó el polvo, y no con cepillo.

GARCIA.—*Con indignacion.*—¡Cruel! ¡déspota! ¡tirano! ¡cinico! ¡mal marido!....

ESCENA III.

DICHOS. ELENA.

ELENA.—*Entra de repente y esclama, sorprendida.*—¡Vaya un par!.. ¡el administrador de mi casa y el zapatero de mi calle!... ¡Qué dos!... cada uno por su estilo. ¡Dios me libre!....

GARCIA.—Dices bien, gloria mia, Dios te proteja de este tuno. Pero e mí, ¿qué temes?....

SEVILLA.—Casi nada, el angelito... ¡já, já, já!.... ¡Buen perillan!....

ELENA.—Si me dan á elegir, con ninguno me quedo.

SEVILLA.—¡Qué buena alhaja!.... ¡Como todas las mujeres!....

ELENA.—¡Quién habló!... el peor entre los malos.

SEVILLA.—Así... así.. como jefe de bullangueros.

ELENA.—Buen oficio: á propósito para armar camorras.—¡Pobre Agustina!....

SEVILLA.—Todos se compadecen de mi mujer. El que más y el que menos creen que es una bendita.... Toma buena fama.... y lo demás es cuento.

ELENA.—¡Basta de conversacion!

GARCIA.—¡Sí!....

ELENA.—¿Están las botas de mi señor?

SEVILLA.—Es regular que estén, si tú las dejaste.

ELENA.—¡Mire usted qué gracia!....

GARCIA.—Despacha á Elena, y nos iremos juntos.

ELENA.—¡Conmigo!.... ¿Qué dirá mi señorita?....—Además, usted se incomoda y deja solo á Sevilla.

SEVILLA.—*En tono de broma.*—¡Que me deja á mí solo!.... ¡já, já, já!.... Toma, hija mia, las botas; y no te dé pena la incomodidad que tenga García por acompañarte—¡Es tan bueno!.... que hace á todo y á todas.

GARCIA.—*En voz baja.*—¡Vamos; deja á ese bribon, ya me las pagará!.... —*Se salen.*

SEVILLA.—¡Agur!.... ¡divertirse!.... ¡hasta la vuelta!....—Ya ni oyen, ni entienden.... ¡já, já, já!.... ¡Es un gusto con estos señoritos!... Para ellos es uno calavera, borrachin, bribon, pillastre, y algun que otro agregado de bruto, beduino, ó cosa parecida. ¡Ya llegará, ya, el dia que todo cambie; y los que nada valemos ahora, nos teman y nos respeten como á unos señores bajás de tres ó cuatro colas!.... ¡No sé entonces el zapatero Sevilla! ¡Vive Dios, que se han de acordar más de cuatro!!!

ESCENA IV.

ALFONSO, conocido por el Viejo Coronel.—*Sale siempre á la escena vestido de sério, y como de unos sesenta años.*

ALFONSO.—*Entra á la tienda del zapatero entre enfadado y de priesa.*—
Buenos dias, maestro.

SEVILLA.—Así los tenga usted, señor coronel.



ALFONSO.—¿Me dará usted razón de un tal señor García, administrador de la casa que yo habito, número diez y nueve?

SEVILLA.—Sí, señor, le conozco.... ¿pues no le he de conocer? Como que es uno de los vecinos más campechanos y comunicativos que tengo.—Hace poco que ha salido.... unos cinco minutos y medio, á todo tirar.... sí, por ahí hará.—Precisamente ha ido en compañía de Elena, la criada del amigo de usted, señor Ossorio.

ALFONSO.—¡Puede!....

SEVILLA.—Sí, señor, la casualidad hizo que se encontrasen los dos aquí; la de salir juntos, y la de ir á un mismo punto..... A su casa de usted.

ALFONSO.—¡A mi casa!.... ¿Si será otra casualidad?

SEVILLA.—¡Pues!.... A las criadas, señor coronel, les suceden muchas casualidades..... ¡Cosa de jóvenes!

ALFONSO.—Y á los amos, por ellas, muchos lances.

SEVILLA.—¡Qué bruto soy, sin hacerme favor maldito!.... ¿Está usted de pié, señor coronel, y los asientos ocupados?.... ¡Cosas de mi mujer, que todo lo pone en las sillas!—*Le aproxima una con viveza.*

ALFONSO.—No hay que incomodarse.

SEVILLA.—Sí, señor, conmigo por ser tan torpe.—Aquí.... aquí.... estará usted menos mal.

ALFONSO.—En cualquier parte.

SEVILLA.—¡Está esto tan reducido!

ALFONSO.—Perfectamente..... muchas gracias..... estoy bien así.....—*Se sienta, y en tono de calma y sutileza le dice:*—Usted, que por lo visto no descende de Coria,—*El zapatero con una inclinación de cabeza le dá las gracias.*—y que se conoce de mil leguas su génio franco y expansivo,—¿me hará usted el favor de decirme si su vecino, el administrador de mi casa, es algo ligerillo de cascos y aficionado á conquistas mujerieles!

SEVILLA.—Sí, señor; tiene mucho de eso, y de otras cosas también, señor coronel. No por que sea mi vecino,—y el único tratable, por cierto, de los que hay en casa,—tengo de dejar por eso de conocer y decir á usted que el que tuvo retuvo.... y no digo más sobre el particular. por ser de un género delicado y resbaladizo.

ALFONSO.—¿De veras?

SEVILLA.—Lo que usted oye.

ALFONSO.—Vamos, vamos, cuénteme usted; que por lo que acabo de

oirle, le supongo muy enterado de la vida y milagros de ese señorito.

SEVILLA.—*Separado y en voz baja.*—(No sabes, coronel, con el truhan que estás hablando. Tú has nacido antes que yo, pero á picaro no me ganas. Como haya madeja enredada, Sevilla hará un revoltijo). —*Se aproxima.*—Si, señor; estoy enterado de lo que ha sido, es, y será mañana mi jóven vecino.

ALFONSO.—Demasiado saber es, Sevilla.

SEVILLA.—Le diré á usted..... infiero lo que hará mañana por lo que hace hoy.

ALFONSO.—¡Muy bien!... Tiene usted razon.—¿Cómo yo me habia de figurar que Sevilla era persona tan ilustrada?

SEVILLA.—Muchas gracias, señor coronel... Crea usted que no soy descendiente de los siete sábios de Grecia, ni tengo mucho de lo de Salomon; pues toda mi ciencia se reduce á lo que uno aprende con la lectura de cuatro periódicos avanzados; que, si bien es verdad que tratan de todo, lo hacen, como sabe usted mejor que yo, á tontas y á locas; repartiendo palos de ciego á diestro y siniestro.... y salga por donde saliere.

ALFONSO.—Y á usted, ¿le gustan los palos de ciego?

SEVILLA.—Si, señor; y cuanto más fuerte los dén ó los dé, tanto mejor.

ALFONSO.—¿Y recibirlos?...

SEVILLA.—Me sucede todo lo contrario.

ALFONSO.—Lo creo. Justicia y no por mi casa.

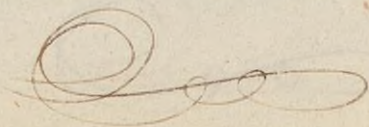
SEVILLA.—Lo que yo he querido decir, señor coronel....

ALFONSO.—¡Está entendido!... Usted es un hombre de aquellos avanzados; los que desean progresar más allá del progreso;—*El zapatero con inclinaciones de cabeza, confirma que sí;*—y si alguno se opone á estos adelantos, ¡guerra á muerte!... cuando menos de palabra y por escrito.

SEVILLA.—Es cierto; sí, señor. Como que uno no lee otra cosa que periódicos de política palpitante.... la más á propósito, segun dicen, y yo lo creo así, para trastornar cabezas y formar motines.

ALFONSO.—*Sonriéndose.*—Por lo que veo, usted es un hombre singular, de génio inquieto y poco reflexivo. Dado á Satanás en el pensar y obrar; pues conociendo el bien, sigue usted el mal.

SEVILLA.—Le diré á usted... Los españoles tenemos un génio muy particular: somos valientes y decididos, somos tigres y leones; y nos vé usted al mismo tiempo, más sufridos y callados, que bestias de carga. Pues bien: si usted me dice en qué con siste esta ano-



malía, yo le diré á usted á la vez, por qué soy una cosa, conociendo otra muy diferente y hasta opuesta.

ALFONSO.—Es muy sencillo; estamos divididos y subdivididos, fastidiados y trastornados: sin fé en unos, sin esperanza en otros, y engañados por todos.—¿No es este el cuadro de nuestra bendita y querida España?....

SEVILLA.—*Con vehemencia.*—¡Si!... ¡esa es nuestra situación! ¡Ya no hay patriotismo, ni dinero, ni trabajo!... Hé ahí por qué yo y mil y mil como yo, deseamos cambios, movimiento, agitación, y que arda el mundo por sus cuatros costados, con tal de salir de tanto *farsante y tirano* como hay en él.

ALFONSO.—*Más vehemente todavía.*—¿Debe el hombre católico desear el mal para obtener el bien?... ¡Nunca!... ¡Jamás!... ¡La religion lo prohíbe, y la humanidad lo rechaza! Además; ¿hemos mejorado en los cambios sufridos? ¿No sucede lo mismo á la Europa y al mundo entero? Dígame usted, ¿cómo se encuentran las principales naciones?...

SEVILLA.—Debiendo más que tienen, y gastando más que tendrán; y armadas unas y otras por el nuevo sistema de destruir al género humano en media hora á lo más. ¡Este si que es progreso, señor coronell!...

ALFONSO.—¿Y á qué es debido semejante estado?

SEVILLA.—A que al siglo diez y nueve,—segun un célebre escritor,—no le ha salido todavía la muela del juicio.

ALFONSO.—¡Sí!... eso será... pues tales desatinos se hacen, que dudo mucho no estemos todos de remate.—¡Quién vió la España y quién la vé!... Sin fé, sin la observancia de la ley divina, ¿vivirá bien la sociedad?—¡Imposible!... dígalo quien lo diga, la historia y los hechos los desmienten á todas horas.—No hablemos más de eso: dejemos la política para quien la quiera, pues yo la detesto, á pesar de mis galones.—¡Cuánto sufro por ella!—*Conmovido.*—¡Y qué será de tí, hijo mio!....

SEVILLA.—*Volviendo la cabeza y á media voz.*—Mejor que la mia: ¡buena lástima hay que tenerle!...—Vaya, señor coronel, más ánimo; que Dios es Dios, y sabe dónde nos aprieta el zapato.—El cuento es que á todos fastidia hablar de política, y no hay otra conversacion. Por eso padecen tantos de los nervios.—Y nosotros ¿de qué tratábamos?....

ALFONSO.—Ni lo sé... no recuerdo bien...—Nos ha sucedido, lo que con frecuencia sucede á todos, que sin sentir, invadió nuestro asunto.—¡Ah!... ya recuerdo....

SEVILLA.—¡Sí!... pues diga usted.

ALFONSO.—Nada: una preguntita.

SEVILLA.—Cuántas usted quiera.

ALFONSO.—Ya que es usted tan franco y amable, desearia saber si el amigo de las conquistas mujeriles, se dedica á la criada del señor Ossorio ó á su señorita por medio de ella.

SEVILLA.—¡Cabal!... ha ganado á la criada para conseguir á el ama; lo cual, segun sus noticias, le falta muy poco.

ALFONSO.—¿De veras?... ¡Será posible!... ¿Y su tío?...

SEVILLA.—Como usted lo oye... A su tío es probable le tengan ya ganado, ó lo harán cuando ellos quieran.

ALFONSO.—¡Mi amigo, consentir eso!... ¡No lo creo!...

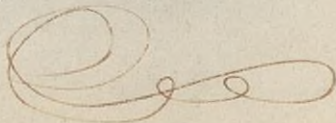
ESCENA V.

DICHOS Y GARCIA.

GARCIA.—*Entra de repente y esclama con sorpresa.*—¡El señor coronel realista, con Sevilla el zapatero?... ¡Já, já, já!... Los extremos se tocan... ¡Qué bueno es eso!... ¿Si se entenderán tambien?... —¡Sí... sí!... será fácil... —De todos modos... ¡vaya un vice-versa raro, y una anomalía estraña!...—*El coronel, muy enfadado, se levanta para marcharse.*—¡Nada, nada, señores; ustedes dispensen y continúen!...—No ha sido más que una broma; una expansion jocosa y franca... de las muchas que produce la política, los sistemas y partidos.—¡Cómo!... ¿Se vá usted, señor coronel?... ¡No faltaba más, que mi buen inquilino, el anciano don Alfonso, se fuese disgustado por mí!...

ALFONSO.—*La ira no le habia dejado hablar.*—¡Habrás visto insolencia igual!.. ¡A mí, caballero,—*Le coje de la solapa.*—no se me insulta de ese modo; pues á pesar de mis años, tengo corazon y brío para hacer á usted jigote, ó estamparle en esa pared!... —*Le suelta dándole un vaiven, como si intentára hacerlo.*—*Se marcha.*

SEVILLA.—¡Es posible!... ¡No haga usted caso de este calavera!... Ya, ni oye, ni vé, ni atiende... ¡Que vaya bien, amiguito; hasta la vuelta!... ¡Já, já, já!... Se enfadó su señoría. ¡Cosa de viejos, y militar por añadidura!—*Se dirige á Garcia.*—¿Qué dice usted,



hombre?... ¿No es verdad que ha quedado usted como la estatua del espanto?

GARCIA.—Poco menos... ¡Por lo visto, el coronel tiene génio!...

SEVILLA.—¡Que si le tienel... ¡Vuelva, vuelva á bromitas con él!—¿No vé usted que es coronel antiguo?...

GARCIA.—¿Y qué?

SEVILLA.—¡Casi nada... una friolera!... El que entonces subia tanto, habia estado en cien batallas y era más valiente que el Cid....—¿Le parece á usted que aquellos tiempos son como estos?...—Entonces desde teniente arriba, ¡cuántos canos y calvos, matusalenes y con peluca habia!... Pero ahora, tanto se progresa y adelanta, que el dia menos pensado veremos llevar á bautizar á algun niño con sus galoncitos y estrellas.

GARCIA.—De todos modos, ¡cuánto siento mi broma!...

SEVILLA.—Los del siglo pasado son tan severos y formales, que no les gusta en general, ni nuestras ideas, ni nuestro modo de obrar.

GARCIA.—Tienen razon.

SEVILLA.—Pues si tienen razon, ¿cómo no los trata usted con más cuidado y tino.... y procura, si son militares, no se les suba la pimienta á las narices?

GARCIA.—¡Qué narices, ni qué pimienta!...—Díme, mala cabeza, ¿qué conversacion tenias con el coronel?

SEVILLA.—*Vuelto al público y á media voz.*—¡Como que se lo voy á decir!...—¡Otro inocente tenemos!...—*Se vuelve y le dice:*—La más graciosa y divertida....—Llegó,—por supuesto aquí—y suponiendo vendria á por botas, le recibí muy alegre y cumplimentero.—Le insté á que se sentase, y lo hizo al parecer con gusto.—Despues empezó á contarme de sus campañas y tiempos felices. El, de jóven, ha debido ser travieso ó atravesado; y de militar, de los que mandan con la mirada y les gusta á todas horas estar oyendo cañonazos.

GARCIA.—¡Cáspita!... ¡Si lo creo!... debe tener malas pulgas mi viejo inquilino.

SEVILLA.—No las tiene muy buenas.—Ande usted con cuidado, porque el que tuvo... generalmente conserva.

GARCIA.—¡Sí!... ¡huiré de él más por pesar y vergüenza que por temor!...—¡Ahora conozco mi imprudencia, mi locura, mi falta!...—¡Semejante broma, me disgusta muy de veras!...

SEVILLA.—¡Vaya un hombre singular!... Ni una mujer diria otro tanto....—¡Qué pesar!... ¡qué afliccion!... ¿Y por qué?...—¡Si yo pudiera insultar impunemente á todos los que no piensan y

quieren lo que yo, ni el coronel ni su hijo, saldrian bien parados!

GARCIA. —¿Tambien á su hijo?

SEVILLA. —¡Sí, á su hijo!... ¡Y á su nieto cuando lo tenga!—Desengáñese usted, la opinion absolutista se inocular de modo, que los hijos y nietos son tan firmes y constantes como sus padres y abuelos.

GARCIA. —¡Ay, Sevilla, Sevilla!... ¡qué alma tienes tan negra y qué imaginacion tan extraviada!—Nadie, sino tú, por la opinion, prescindes tan completamente de los sentimientos de compasion y afecto, cambiándolos en odio mortal y desvio!...

SEVILLA. —¡Já, já, já!!... ¡Qué lamentacion en *si bemol*!—«¡Nadie sino yo!»... en mi partido no hay otra cosa más de sobra. ¡Sí, señor, sí!...—*Le pone la mano en el hombro.*—Vamos, caballero... que tambien usted perteneció á los de génio inquieto é ideas avanzadas....—¡Ya se vé! cierta clase de hombres cambian más veces de opinion y de afectos que el camaleon de colores. —Ahora, ¿qué color es el de usted?... ¿Es misto ó rabioso, ó parecido al pastel?

GARCIA. —El tuyo sí que es negro, rojo y dado á Satanás....—¡García no ha tenido ni tiene color alguno político; pero sí sentimientos humanitarios y el más grande patriotismo!

SEVILLA. —*Vuelto al público y á media voz.*—¡Mucho, mucho!... El pobre-cito no necesita abuela que le alabe.

GARCIA. —Mi opinion está unida á la de los hombres de fé, de órden y probidad.

SEVILLA. —Total... *Vocativo caret*, ó lo que es lo mismo, *cerro, cerro, cerro*... ¡Busque usted ya á los hombres de probidad!... El que no es venal, está en camino de serlo.

GARCIA. —Juzgando á todos por tí...

SEVILLA. —O por usted, el Coronel y su hijo.—*Se vuelve al público.*—¡Vaya una sociedad de tontos los de la rancia estirpe!

GARCIA. —¿Qué decías?

SEVILLA. —Murmuraba entre dientes cierto recuerdo de mi abuelo, que decia: —por supuesto antes de morir—«Yo respeto todas las opiniones como la mia. Digo más, respeto aún los que no tienen ninguna.»

GARCIA. —*En tono irónico.*—Otro tanto sucede al nieto.

SEVILLA. —En esto como en todo, hay sus grados; pues los que se aproximan á mi partido, les tolero y hasta los hago carocas en algunos casos; como por ejemplo, cuando nos unimos todos, al saber que algunos de los de las ideas de don Alfonso tratan de



- hacernos volver á aquellos tiempos del oscurantismo. —¿Cómo tolerar eso?... ¡Imposible!...
- GARCIA. —¡De rodillas has de pedir y rogar vuelvan aquellos tiempos!... —Entretanto, procura que un médico te visite y reconozca, pues tu cabeza está ya de remate y te hace soñar despierto. —*Se vuelve al público.* —¡Qué disparates! ¡qué desatinos!... Algunas gentes no ven sino visiones y quieren que todos seamos visionarios.
- SEVILLA. —¿Me lo dice usted ó me lo cuenta?...
- GARCIA. —Las dos cosas; y te aseguro que no tienes corazon, ni nobles sentimientos; pues tus palabras cínicas dejan entrever ideas de corrupcion, de veneno, de ira hácia el prójimo tu hermano, hácia el infeliz que sufre, que ningun mal te hace y que Dios manda amar, sea ó no nuestro enemigo... ¡Desgraciado!... ¿Qué te prometes? ¡Vivir mal y acabar peor!...
- SEVILLA. —«¿Vivir mal entre goces?»... ¡Qué error!... «¿Y acabar peor con la dulce venganza y saña?»... ¡Qué disparate!... ¡Mira!... cuéntaselo á tu abuela.
- GARCIA. —¡Excelentes máximas sigues! ¡No extraño que tu alma esté llena de cieno!... ¡Infeliz de tí!... ¡Eres incorregible!...
- SEVILLA. —Muy bien, tonto de capirote; ya me lo irá usted á contar... Entretanto haré mi gusto, y riase usted de cuentos, patrañas y embustes. —¿No va usted, —y le tiene más cuenta,— á desenfadar á su inquilino, á ver á su hijo, requebrar al paso á Elena y á hacerse el interesante con su señorita?
- GARCIA. —*Vuelto al público.* —¡Me retiro!... ¡la sangre arde en mis venas!... ¡la ira me arrebató!... ¡y no es cosa de perderse por un canalla!...
- SEVILLA. —¡Vaya un aire que lleva el mozo!... ¡Jamás le ví tan enfadado!... Si encuentra al coronel, con lo que yo le dije, se rompen la cabeza sin entenderse. —¡Estaria de ver!... y todo por un zapatero que goza y se divierte en fastidiar al prójimo. —¡No, pues como Sevilla quiera, ha de malquistar al mundo entero!... —Manos á la obra: voy á enterar á mi mujer que trata á Elena, y ella me traerá noticias. —*Tira fuerte de la campanilla.*

ESCENA VI.

SEVILLA Y AGUSTINA.

SEVILLA.—*Está impaciente y la oye bajar.*—Yá está ahí... Me obedece como á un capitán general.

AGUSTINA.—¡Jesús! ¡Qué campanillazo!... ¡Así padezco yo de los nervios! ¿Qué querías?

SEVILLA.—Darte una comision muy de tu gusto.

AGUSTINA.—Si; ¡buena será ella!...

SEVILLA.—Excelente, Agustinita mia; la más apetitosa y agradable que pueda ofrecerse á tí y á las de tu sexo. Está es, enterarte de Elena, de la vida y milagros de su señorita... Preguntarla si ha ido por allí García; y algunas otras cosillas de su entrevista con el coronel... Y la dices, ¿cómo la vá en sus relaciones?... No te se olvide tambien averiguar algo del señorito Gonzalo; que si es un *Génio*, como dicen, es de los callados y quietos... Y hora es ya que le veamos en la escena.—¡Andá, corre, vuela; que la comision, como te dije, es muy de tu gusto, y la desempeñarás á las mil maravillas!

AGUSTINA.—Así, así, de todo tiene. Yo nó deseo, como otras, saber para criticar.

SEVILLA.—Entonces, ¿no serás mujer?... ¡Si me habré engañado yo?...

AGUSTINA.—Como un chino, respecto á nosotras. Nadie dirá, si no tú, que las mujeres somos curiosas, y deseamos saber para criticar.

SEVILLA.—¡Qué disparate!... ¡Ninguna adolece de ese mal... La mujer,—decía no sé quién—es un compuesto de envidia, vanidad y egoismo, etc., etc., etc. Y otras cosas que me callo, por no hacerte salir los colores.

AGUSTINA.—Lo bueno de nosotras callarás tú.

SEVILLA.—Con tan preciosas cualidades como os adornan, no es posible seais amigas unas de otras.

AGUSTINA.—¡No!... seremos enemigas.

SEVILLA.—Rivales todas, ó cosa parecida.

AGUSTINA.—¡Vaya una mezcla ó compuesto el tuyo!... Yo creo, que ni Judas, ni Lucifer, reunen tanto malo.

SEVILLA.—Allá nos andamos... quizá con el tiempo seré yo su capitán, ó

2

coronel, ó lo que quieras. Vámos.... ¡no me tengas más tiempo en brasas! Corre á lo que te he dicho!.. que no te se olvide nada. Anda, anda, emplea tus mañas; sonsaca á Elena; averigua cuanto puedas del hijo del coronel.

AGUSTINA.—¿De quién? ¿de Gonzalo?...

SEVILLA.—Del mismo.

AGUSTINA.—¡Pobre jóven!... ¡Ahí tienes... la política que eleva á tantos, este, como es bueno, está muy bajito!...

SEVILLA.—Por eso, y por otra porcion de cosas, Agustinita mia, soy yo tan malo y de los de la cuerda tirante.—Dicen que es un

Génio.—AGUSTINA.—¡Ya lo creo!... y un talento deshecho.

SEVILLA.—Que se lo dé á los médicos á componer. ¿Sabes tú como son los talentos *deshechos*?

AGUSTINA.—¡Qué cosas tienes!... ¡De todo has de tener que decir!... Talento *deshecho* es lo mismo que hombre listo, instruido, de grandes alcances....

SEVILLA.—Y de buenas narices... para olfatear los sitios y las personas que es conveniente acudir. Si fuese farsante, charlatan y atrevido, te aseguro, Agustina, que seria el primer farol de Europa.

AGUSTINA.—¡Como hay tan pocos!... ¡Adios!...

SEVILLA.—¡Mira!... que no te se olvide la vuelta.

AGUSTINA.—Pierde cuidado; me tendrás á la hora de comer y de paseo.

SEVILLA.—¡Bien! ¡bien!... no tardes... ¡Agur!...—¡Y ahora!... ¿qué hará Sevilla?... Dejar correr las cosas, y acudir al diablo en los momentos difíciles. ¡Mal consejero tengo!...—¡Nada, nada, adelante!... El engaño y la perfidia están á la órden del dia. ¿Qué se dirá de mí?...

ESCENA VII.

GARCIA Y SEVILLA.

GARCIA.—*Entra al mismo tiempo.*—Nada hay que detenga al hombre en sus extravíos mentales.—«¿Qué será de tí?»...No es difícil adivinarlo. ¡El que tal vive!... mire lo que le espera!...

SEVILLA.—Oídos como los de mi vecino, no hay que buscarlos entre per-

sonas; quizá algun raposo le iguale, pero escederle, de ningun modo.—¿Cómo ha ido, hombre, cómo ha ido?...!

GARCIA.—¡Bien!...

SEVILLA.—¿Se pasó ya el mal humor?... ¡Venga esa mano y dejemos la hiel para las almas negras!...

GARCIA.—Así como la tuya.—*Algo separado de él.*—Este hombre tan fecundo para inventar intrigas y enredos, tiene cierta elocuencia que me seduce.

SEVILLA.—No puedo menos de reirme, ¡já, já, já!... al recordar qué aire ó ventolera ó huracan llevaba usted. ¿Y Elena?... ¿y el coronel?...

GARCIA.—De todo ha habido, Sevilla; pues con las mujeres, ya se sabe, siempre median finos agasajos y galantes atenciones.

SEVILLA.—¡Picaruelo!... ¡Y que no sabe requiebrar el hombre!... Es tan redicho, suave, y almibarado, que todas caen en sus redes.

GARCIA.—¡Ninguna!... ¡Dios me libre emplear el tiempo, como muchos, en la seducción y el engaño! La mujer jóven y soltera, tiene derecho, más que nadie, á que no se tiendan lazos á su inocencia!... ¿Y á las demas?... ¡es tambien un deber grande respetarlas!...

SEVILLA.—Sí con esas formalidades y delicadezas anda usted, estoy seguro, segurísimo, que en estos tiempos le vuelven á usted el revés de la cara lo mismo las que recetan los médicos de quince á veinte, que las jamonas y casadas.

GARCIA.—¡Pensar de ese modo, es de almas muy menguadas y poco conocedoras del corazon de la mujer!

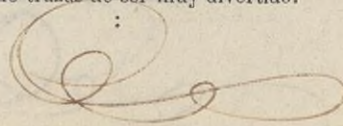
SEVILLA.—Pues discurrir de esa manera, es acreditarse de hombre inocente é ignorante; y así... algo apegado á las ideas rancias de los tiempos de mal gusto.

GARCIA.—¡Sevilla!... ¡cuidado con los insultos!... No soy hombre que desconozco las cosas, ni la época en que vivimos. Ya sé, por desgracia, que hay una atmósfera en que apenas se respira otra cosa que corrupcion y escándalo... Pero dejemos eso; la bondad Divina se apiade de nosotros.

SEVILLA.—Sí, lo dejaremos; pues noto en la cara de su semblante que no está usted de broma, ni de contarle alguna aventurilla amorosa, de las que con frecuencia suelen pasar á usted.

GARCIA.—Así es la verdad, Sevilla. El mundo es un compuesto de contrastes; y los hay de tal naturaleza, que solo Dios, con su gracia, puede hacer que los soportemos.

SEVILLA.—Prosigá, hermano; que eso tiene trazas de ser muy divertido.



Los hombres en dando en una manía, sea cual quiera, se vuelven locos y contagian á los demas.

GARCIA.—*En tono familiar.*—Yo, como tú, he sido entusiasta y tenaz en las ideas y costumbres modernas. No obstante, obraba la mayor parte de las veces con remordimiento y pesar. Pues bien: la experiencia y los desengaños por una parte, y por otra, los principios de educacion cristiana que me dieron, han verificado en mí un cambio radical.

SEVILLA.—Y tan radical, que ya á esta fecha debe tener raices muy hondas.

GARCIA.—Vamos á los *contrastes*.

SEVILLA.—Con esa relacion, á algun desierto ó convento.—Por más que discurro y vueltas que doy, no sé francamente donde vá usted á parar.

GARCIA.—Ya debias sospecharlo: déjame continuar, y no seas impaciente.

SEVILLA.—Lo que sospecho es, que la cabeza de usted se vá pareciendo mucho á las que hay en cierto sitio, en Zaragoza y Leganés.

GARCIA.—¿Y qué?

SEVILLA.—Que si es verdad el refran de que un loco hace ciento, tengo yo que andar con cuidado.

GARCIA.—Oye; y no seas tonto y charlatan... ¡Te estás burlando de los sentimientos más nobles!... ¡Esto ya pasa de osadía!... Para juzgar con acierto de una cosa, asunto ó conversacion, es necesario conocer bien los motivos y razones en pró y en contra.

SEVILLA.—Aquí se redobra mi confusion....

GARCIA.—¡Calla!....

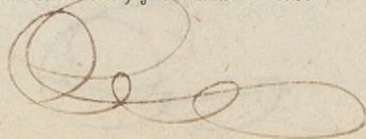
SEVILLA.—Ya estoy callado como un cartujo, y más quieto y pacífico que Job.

GARCIA.—Así conviene. Ahora veremos si te hago desistir de tus ideas.—*El zapatero hace que tose.*—Ménos de insinuarte de algun modo, aunque te matáran.

SEVILLA.—Un poco de carraspera, señor. Prosiga usted, prosiga, que le atiendo con todos mis sentidos y orejas.

GARCIA.—Sí! para decirte que estoy conmovido todavía; y no puedo des- echar de la memoria todo cuanto he oido y presenciado en la habitacion del señor Ossorio, referente á ese jóven admirable, entusiasta, heróico, sublime, llamado Gonzalo.—Tú sabes que las mujeres conciben á veces ideas prontas y muy felices.—Pues bien: al acompañar á Elena á su casa, oyó hablar desde la puerta, y me dijo:—«Entre usted ahí; pues siento á Gonzalo que está con mi señor y la señorita; y aquí, en mi cuarto cer-

»rado, puede usted oírle á su gusto y sabor, y sin que nadie le
»incomode.»—Obedecí, maquinalmente, sin pensar en conse-
»cuencias de que nos podían ver ú oír. Pero como no tratá-
»bamos nada malo, Dios consintió mi curiosidad, y el que pa-
»sase un rato el más placentero y conmovedor que he sentido
»en mi vida.—¿Qué jóven tan interesante es Gonzalo, Sevilla!...
»No hay más que oírle, para quedar prendado de su grande
»alma, corazón sensible, y cuantas cualidades pueden adornar
»en sumo grado al hombre más distinguido del mundo.—Hay
»sentimientos tan vivos que no se pueden expresar. Pero nunca
»olvidaré yo aquella elocuencia y frenético entusiasmo con que
»refería las grandezas de España de los pasados tiempos. Decía,
»fuera de sí: «¡Oh pátria mia!... ¡Tú, que has sido la más heró-
»ica del mundo; y la que con un puñado de valientes vencistes
»cinco ejércitos en Numancia de la entonces soberbia Roma!
»¡Tú, que luchastes y vencistes diez y seis siglos con los más
»poderosos de la tierra con un denuedo y constancia que no
»hay ejemplo en la historia!—¡Tú, que has dominado por
»mucho tiempo la tercera parte del globo; y que tus grandes
»hechos y hazañas han sido, y serán siempre la admiración de
»todos!—Yo no puedo recordarte... ¡oh pátria querida! sin sen-
»tir vivos estremecimientos de júbilo, de loco entusiasmo, de
»amor pátrio, por lo mucho que has valido siempre, y puedes
»valer á la humanidad entera en su civilización y defensa de
»las buenas causas.—¿Quién de tus hijos podrá negarte su ca-
»rriñosa simpatía?...—¡Las doctrinas que traen dividido al mun-
»do, nos han subdividido á nosotros; pero la energía individual
»subsiste, y tus pueblos no amarán nunca lo que no conocen ni
»comprenden, lo que no está en su corazón ni en sus costum-
»bres!...»—Era tan viva, tan grande, tan inmensa la sensacion
»que le producian estos recuerdos, que el señor Ossorio, temien-
»do sin duda por su salud y razon, le llamó la atención dicién-
»dole:—«Gonzalo!... acuérdate de tu padre, y no te olvides
»nunca de lo mucho que sufre—y nosotros tambien con él—
»por la sensibilidad extrema de tu corazón y la fogosidad de
»tu génio exaltado!...»—Gonzalo le contestó con esa elocuen-
»cia tan vehemente é irresistible que arrastra sin dejar tiempo
»á la reflexion.—¡Si yo pudiera referir sus palabras, su expresion... y aquella facilidad y viveza con que contestaba á todo
»cuanto el tío y la sobrina le decían, te aseguro, Sevilla, que
»habias de desistir bien pronto de tus ideas, y cambiar en loco



entusiasmo tu prevencion contra ese jóven!—¡Qué entusiasta y qué elocuente!—«Yo no soy de esos hombres, de-
»cia, que soportan las injusticias con rostro sereno; ni veo,
»como muchos, con indiferencia y egoismo los males de
»mi pátria...—¡¡Mi padre!! ¡estos recuerdos turban mi
»agitado espíritu!...—¡Cuán irresistible es el encanto de la
»desgracia para un alma noble y generosa!... ¡Y la de un pa-
»dre!... ¡Siento despedazarse mi corazon por la duda y la in-
»certidumbre!—¡Padre mio!... ¡tu hijo, por evitar tu miseria,
»empleará todos los medios, hasta el supremo esfuerzo del
»heroismo!...»—*Agustina llega al mismo tiempo.*

ESCENA VIII.

DICHOS Y AGUSTINA.

AGUSTINA.—¿Qué sucede?... ¿Mi marido tan quieto y silencioso y el señor
García tan conmovido y alterado?... ¡Siempre tendrás tú la
culpa!

SEVILLA.—Eso es; tú faltabas ahora para hacerme perder la poca paciencia
que me queda... ¡Cuidado con el pico!...

AGUSTINA.—¿Con que te voy á contar?... —

SEVILLA.—Es que no estoy ahora para cuentos ni relaciones.

AGUSTINA.—¡Jesús, qué hombre!...

SEVILLA.—Mira, Agustina; ofrecí á nuestro vecino estar callado como un
cartujo, mientras me hablaba de aquello mismo que tú fuiste
á enterarte. ¡Cuántas veces me pesó!... Si no por el ofreci-
miento, le hubiera contestado á cada paso, y estaria ahora de
mejor humor. Pues añadió tambien, en tono jactancioso: *que*
se prometia hacerme cambiar de ideas. ¡Vana ilusion! Lo que
ha conseguido es, que le oiga como el que oye llover; y así al-
gun tanto impaciente.—*Se dirige á García.*—Ya me cargaba
usted con ese pobre loco.

GARCÍA.—*En el más alto grado de desesperacion y asombro.*—¿De qué no
es capáz un hombre como este, que oye con siniestra calma y
pérfido silencio lo que más interesa y conmueve al corazon
humano?

AGUSTINA.—¡Por Dios, señor García!... ¡Ya sabe usted lo que es mi marido!...

GARCIA.—¡Un bribon.... que tiene la habilidad especial de presentar las cosas más inocentes bajo un aspécto odioso!—¡Un cínico.... que se burla de los sentimientos más nobles del alma, y añade el insulto al descaro!—¡Un mónstruo..., que mira con indiferencia á Gonzalo y le llama loco!...

SEVILLA.—*Con ira.*—¡Dejemos de palabras y á la calle!...

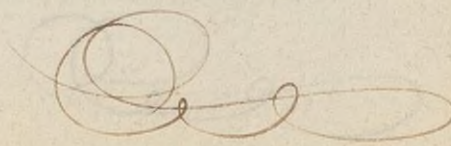
AGUSTINA.—*Se pone en medio de los dos y le señala la estampa de la Virgen.*—¡Mira la Virgen!.... ¡Miserable!.... ¡Tú tambien desafías!....

GARCIA.—¡Déjame á ese tuno, y le quebranto cuantas costillas tiene!...

AGUSTINA.—¡Ay, por Dios!... ¡Ay!... ¡Ay!...—*Cae desmayada.*

ESCENA PRIMERA

FIN DEL PRIMER ACTO.



ACTO SEGUNDO.

Habitacion de don Alfonso y su hijo.—Sala reducida y modestamente amueblada, con sofá, mesa y media docena de sillas.—En el centro, la puerta de entrada; y á la derecha, otra pequeña del gabinete.

ESCENA PRIMERA.

GONZALO, *tan pronto se sienta como se pasea en la habitacion; parece dominado de las más grandes ideas.—Su traje negro y sencillo, y sus padecimientos morales, le dan un aspecto de treinta á cuarenta años.*

GONZALO.—*Con vehemencia.*—Si alguno me oyera murmurar palabras vehementes, accionar con fuerza, é ir de uno á otro lado de la habitacion estando solo, ¿no creeria que estaba loco?... ¡Indudablemente!... ¡Pero cuán cierto es que la inteligencia de algunos hombres necesita expansion, desahogo; y los que, como yo, tienen una imaginacion inquieta, un alma de fuego que se devora á sí misma; un corazon sensible y entusiasta, la necesidad de esta comunicacion la satisface de un modo ó de otro! Sí!... aunque sea con objetos inanimados; el cielo, la tierra, el aire; dando vida y accion á toda la naturaleza: ora frenético y exaltado, como un delirante sublime; ora tierno y dolorido, como los ecos del ruiseñor y los gemidos de la tórtola.—Sí... santo cielo!... ¡morada de inteligencias divinas; mansion suprema de eterna sabiduría!...—¡Oh Dios!... ¡á tí me dirijo para que re-



medieis los males de esta heróica nacion!...—¡Mi padre viene!... su celoso cariño no le permite dejar solo á su hijo.—¡Pobre anciano!... el que fué uno y otro dia el idolo de los valientes, se encuentra ya por los años y las desgracias tan débil y consumido.—¡Ya entra!... preciso es disimular.

ESCENA II.

DON ALFONSO Y SU HIJO.

GONZALO.—Ni una madre con su hijo, ¡oh padre mio!—*Le abraza.*—haría lo que usted; pues apenas estoy solo un cuarto de hora, le siento venir á buscarme algun tanto intranquilo.

ALFONSO.—*Le mira.*—¿Estás descolorido por tu meditacion prolongada?
GONZALO.—¡Siempre observándome aprensivo y caviloso!...

ALFONSO.—Te conozco bien, hijo mio, y debo evitar á todo trance esos ratos de soledad que tú tanto apeteces.

GONZALO.—¡Oh, padre amado! ya sabeis que es inútil pugnar contra la naturaleza de las cosas, y que mi corazon gusta de recogerse dentro de sí mismo.

ALFONSO.—Ya lo sé, Gonzalo; y tambien sé que tu espíritu se abate con los pensamientos que le oprimen.

GONZALO.—¡Sí!... pero en la soledad encuentro recursos contra el disgusto y desahogo mi génio.

ALFONSO.—La soledad para nadie es buena, pero es menos mala para aquellos que la fortuna halaga con sus dones, y no tienen, como tú, tan exaltado el ánimo ni tan sensible el corazon.

GONZALO.—¡Fuerte cosa es, no poder decir ni á las paredes lo que uno piensa, lo que le conmueve; sin que usted y nuestro amigo vengán á interrumpirme, á separarme de mis ideas, de mis proyectos... y sin que pueda escribir las glorias da mi patria y el desconsuelo de su caída!...

ALFONSO.—*Levantando la voz.*—Gonzalo! cuando no hay calma en el corazon, no puede el entendimiento discurrir con acierto.

GONZALO.—Sí, pero el entusiasmo es el origen de todo lo grande, y los hechos más elevados son debidos á él.—¡No me priveis, militar anciano, digno jefe del ejército español! protestar, zaherir;

ora á los escritores extranjeros, que han en empleado sus plumas ridiculizando con más descaro que acierto, nuestras costumbres, nuestros hechos, nuestra hidalguía; queriendo, en todo, rebajar nuestro nombre y brillante historia. Ora á los que, con más indiferencia que justicia, con más desdén que agradecimiento, contribuyen ó consienten estemos reputados en Europa de *segundo ó tercer orden*.

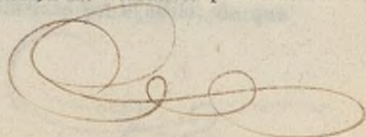
ALFONSO.—¡Por Dios, hijo!... ese sentimiento tan vivo, si no le moderas, puede muy bien trastornar tu razon. ¡Deja eso; pues ya sabes que sobre todas las afecciones del hombre, está la voluntad del Señor!

GONZALO.—No me opongo, ¡oh padre amado! á lo que el Altísimo ordena y consiente; pero, ¿qué quereis?... ¡si esta—*se echa mano á la frente*—imaginacion fogosa y este corazon que late con tanta fuerza no me dejan un instante de pensar y sentir de lo que es capáz el pueblo Español, y cómo nos tratan y desprecian!...—¡Recordad, naciones todas; insignes militares de Europa, sábios y jurisconsultos, qué Estado ó Monarquía es superior á España en brillantes hechos de armas, ciencias, descubrimientos, religion y poder!...

ALFONSO.—¡Por Dios, Gonzalo!... ¡no te inquietes tanto por los males que no podemos remediar!... ¡Suframoss con resignacion y luchemos con las desgracias de la vida!... —Yo, es verdad que estoy olvidado de los hombres, pero no de la Providencia, que atiende á todos en general, y está cuidando de nosotros en particular; pues el pan de cada día y un regular pasar, jamás nos ha faltado.

GONZALO.—¡Pobre padre mio! ¡A lo que usted estaba acostumbrado y á lo que se vé ahora reducido!... ¡Conformidad heroica, resignacion sublime debe sentir todo el que, como usted, paciente y tranquilo descende de la opulencia y posicion con esa rapidez y extremo!—No!... ¡yo no debo consentir tanta privacion y desventura!...—¡Lucha horrible entre la adversa fortuna y mi génio audáz, que, como si estuviese en *tortura*, sufre sin tréguva ni descanso, y no puede llevar á efecto mil empresas temerarias y cien mil proyectos atrevidos!

ALFONSO.—¡Gonzalo! no es la adversa fortuna lo que más me destroza el alma, sino tu suerte, y lo mucho que padeces moralmente por tu génio exaltado y condicion sensible. —Ten presente que el infortunio es el verdadero crisol para las almas grandes, y que estas no conocen lo que valen hasta que han pasado por la desgracia.—Con el auxilio de Dios, seremos fuertes para sufrir



y firmes para perseverar. Acude al cielo, hijo mio; que el Señor es infinitamente bondadoso y dulcifica todos nuestros males.

GONZALO.— *Vuelve abrazar á su padre.*—Vuestras palabras me arrebatan el corazon y me persuaden más y más que sufrís con la paciencia de un mártir y la constancia de un héroe cristiano.

—*Levanta las manos y exclama.*—¡Bendito Dios!...—*Al mismo tiempo entra Ossorio y su sobrina.*

ESCENA III.

LOS DICHO, Y OSSORIO Y SU SOBRINA.

OSSORIO.—¡Si digo yo que el padre y el hijo, con su mútuo y excesivo cariño, no hacen más que padecer y acabarse poco á poco!

ISABEL.—Tambien á los demás nos toca algo.

GONZALO.—Ese es mi mayor sentimiento, Isabelita; quisiera que ni padre, ni amigos, ni nadie, se ocupasen si yo padezco, ni menos tomar parte en mis penas.

ISABEL.—¡Eso es imposible!...

GONZALO.—Así lo creo yo; pues sería negar al corazon los más bellos sentimientos de amistad y simpatía, y la influencia que ejerce en otros corazones. Pero así como la dicha todo lo embellece, la desgracia todo lo afea.

OSSORIO.—No, lo que hace es interesar y conmovir á los estraños, ¿qué hará á los amigos?...

ALFONSO.—Dices bien: os correspondemos en el afecto.—¿Todavía estais de pié?... Sentaros. Vamos. ¿y cómo os vá? ¿Há habido novedad?...

OSSORIO.—Ninguna, á Dios gracias. ¿Y vosotros?

ALFONSO.—Lo ordinario. ¿Este Gonzalo!...

OSSORIO.—¿Cuánto le he dicho yo!... ¡Qué quieres!... los grandes talentos se permiten mil locuras.

GONZALO.—Ni mi talento es grande, ni yo hago locuras. Juzgarme con más justicia! ¿Llamais por ventura loco al hombre sensible, al que vivamente se impresiona, al que tiene presente, y tanto le afectan las desgracias y miserias de sus hermanos los españoles? ¡No!... ¡Imposible, señor Ossorio! La decadencia en que vivimos, y las humillaciones por que pasamos, no se pueden

presenciar sin aquel natural disgusto y exaltacion con que los hijos de este suelo son capaces de sentir lo que más estiman y defienden, su religion y honra, prosperidad y gloria.

OSSORIO.—En los tiempos de tu padre y míos, así se pensaba y hacia; pero en estos del vapor y del buen tono, el egoismo en general es la base de la sociedad.

GONZALO.—¡Algo hay de cierto en esta amarga verdad!

ISABEL.—Pues bien: ¿por qué Gonzalo se ocupa tanto y afana de tonterías que ya pasaron y no son de este siglo? ¿No sería mejor que fuese interés y celo, sensibilidad y ternura, fuese casi exclusivo á determinada persona?

ALFONSO.—Tu sobrina lo entiende.

OSSORIO.—No lo creas: sigue como todas la moda de las insinuaciones, y hace que la entiendan.

ISABEL.—*Encendida y colérica*—¿Cómo!... ¿Yo insinuarme?... ¡De un impertinente, de los que tanto abundan, se oyen sin ira, pero con desden y desprecio, palabras semejantes. ¡De un tío, nunca!... ¡Desgracia la de la mujer, que ni por los suyos ha de ser respetada su delicadeza, dignidad y recato!... ¡A qué tiempo hemos llegado, cielo santo! ¡Siempre los hombres han juzgado con poca bondad á las mujeres; ¿y en la actualidad? no se los puede oír; son nuestros implacables enemigos!... Una frase cualquiera, dicha por nosotras sin intencion ni objeto, ¡de qué modo traducen y maliciosamente interpretan!

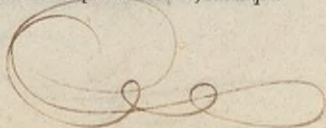
OSSORIO.—¿Te has quemado, eh?... ¡Qué chica está!... por más que hago, no puedo acostumbrarla á mis bromas y franquezas.

ALFONSO.—¡Cuidado como se defiende tu sobrina!... A mí, despues de todo, me ha gustado.

OSSORIO.—Lo creo. La costumbre que tienes de oír defensas vehementes y acaloradas, te ha parecido bien lo que á mí me ha hecho poca gracia. ¿A quién se le ocurre, sino á ella, tomar á veras una broma de su tío tan sencilla y oportuna?—*Se dirige á ella.*—

¡Hay muchas cosas, señorita, que se dicen entre amigos, porque no son ciertas! ¿Me crees tan indiscreto, y falto de talento y criterio, que no sepa lo que he de decir y callar? ¡Confundir á su tío con los charlatanes y libertinos, que tan pronto divinizan á la mujer, como la ultrajan y desprecian!

ISABEL.—Perdonad, querido tío, pues ya sabeis que pierdo el juicio, y no sé lo que me digo, cuando oigo, aun en broma, que somos tan libres, tan provocativas, y otras lindezas por el estilo; de que



engañamos, seducimos y somos causa y motivo de tantas discordias y duelos, desesperacion y suicidios.

GONZALO.—¡Bien, muy bien, amiga mia! Vuestras palabras son tan ciertas, tan evidentes, como sublimes y arrebatadoras.—¡Sí!... no puede menos, como decís, que la mujer sienta vivamente, cuando oye á cada paso que se la calumnia; que se habla de su dignidad, de su delicadeza, de su recato, sin respeto, sin consideracion de clases, categorías, santidad ó elevacion.

ISABEL.—Gracias, Gonzalo; si todos los hombres nos conciesen como usted, y supieran apreciar nuestro cariño y sensibilidad, de otro modo estaria la sociedad!

OSSORIO.—¿No te parece, Alfonso, que los dos se defienden bien?

ALFONSO.—Perfectamente. Vuelvo á repetir lo que dije; á Isabel, despues de todo, me gusta mucho oirla. Creo que si su honor y decoro fuese ultrajado, como el de tantas otras, seria en la defensa una heroína.

OSSORIO.—Y de las temibles. Dotada como está de una alma ardiente y sensible, y de cinco puñalitos en cada mano, es capaz esta muchacha de escarmentar á algun osado en medio del dia y de la Puerta del Sol.

ALFONSO.—¡Esas tenemos, chiquita!...

ISABEL.—¡Sí, señor! ¡De todo soy capaz cuando se me provoca á ello!

GONZALO.—Ved ahí un pecho de mujer cuyo heroísmo es superior á todo elogio.

ISABEL.—La osadía de los hombres obliga á toda mujer de elevados sentimientos de virtud y de honra, á ser altiva; á volverse como una hiena contra tantos hipócritas atrevidos, engañadores y libertinos que sin cesar nos acosan.

OSSORIO.—¡Bien, sobrina; si tus palabras dicen lo que sientes, ya se puede asegurar que no hay tres como tú!

ISABEL.—¿Lo dudáis?

OSSORIO.—Ni uno ni otro; lo creo exagerado.

GONZALO.—¡No hay exageracion en materia de honra!

ALFONSO.—En todo, Gonzalo. Por eso aseguramos que en medio se encuentra la virtud.

GONZALO.—En las cosas esencialmente buenas, no hay medios que valgan. Por ejemplo, en la virtud y honra.

ALFONSO.—Sí, es cierto, Gonzalo, pero el hombre abusa de todo, y mezcla con los sentimientos más puros y los deberes más sagrados, algo de su amor propio, de su vanidad y miseria.

GONZALO.—¡Si no fuera mas que algo!...

ALFONSO.—El conocimiento del mundo enseña á renunciar á las ilusiones del corazón.

GONZALO.—¿Y quién para vivir no necesita recuerdos y esperanzas?

OSSORIO.—Está visto, á Gonzalo y á mi sobrina no hay quien los iguale en lo absoluto de sus opiniones. Y luego dicen, como muchos jóvenes del día, que somos intolerantes!

ISABEL.—Ya se vé que sí. Creo que desde Adán á nuestros días, ya vé usted si vá fecha, han sido los hombres de cierta edad muy poco condescendientes con los jóvenes como nosotros.

ALFONSO.—¡Ay, Isabelita!... con dificultad conviene uno con sus propios desaciertos.

ISABEL.—Eso mismo estaba yo pensando.

OSSORIO.—Ahí tienes, Alfonso, la educación moderna; de todo charlan y nada saben de fundamento.—¡Hasta las mujeres, lo mismo hablan de política y filosofía, que de modas, historia y letras!—Y las hay, (y por cierto en gran número) que ignoran solamente todo lo que ellas dicen; y es lo plebeyo, vulgar y doméstico, conocido con el nombre de quehaceres de casa, ú obligaciones del hogar; pero saben más literatura y ciencias, artes y artimañas, ejerciendo en primer término el de la soca-liña con los pobres maridos, y algunos tontos de los que tanto abundan, que bien podían dar lecciones á los mismos catedráticos de la universidad alemana, y á cuantos ministros de hacienda se han distinguido en estos venturosos tiempos por su habilidad especial de aflojar los bolsillos.

ISABEL.—Cualquiera diría que hablaba usted por experiencia.

OSSORIO.—Y no se equivocaba, por vida mía; pues tengo la experiencia propia y ajena.

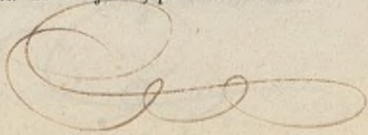
ISABEL.—¿También la propia? ¡Sí; quéjese usted!...

ALFONSO.—Dices bien, chiquita. Este tu tío, no se hace el cargo de los tiempos en que vivimos. Ahora, en esta época y en un Madrid, no hay señorita de mediana posición que no tenga su modista, y algunas dos. De doncellas, maestro de piano y canto, abono al teatro, suscripción de novelas y figurines, no hay que hablar. Isabel quizá sea la única que no emplea ni el dinero en ninguna de esas bagatelas y entretenimientos de las gentes de buen tono y sociedad.

ISABEL.—A pesar de eso, mi tío no está contento conmigo.

OSSORIO.—Ni lo estaré, sobrina, mientras que no pienses como yo, y hagas lo que tu tío.

ISABEL.—Yo no *pienso*, ni creo sea cosa de mujeres; pero es necesario



convenir que tiene usted el génio un poco raro: así..... de esos que siempre exigen de los demás, y jamás contemporizan con nadie.—Sea usted más amable y condescendiente; pues no está bien á las personas que tanto *piensan*, esa severidad en todo, hasta en lo mas pueril é insignificante.

OSSORIO.—¡Qué juventud!... ¡Una chiquilla como esta, se atreve á reprender y dar lecciones á su tío, encanecido en las prácticas judiciales!... ¿Habrà osadía igual?—Si digo yo que el estado de la sociedad me hace temblar desde los piés hasta los pelos de la peluca!...—¡Qué síntoma más fatal de que la escesia civilizacion todo lo trastorna!...—¡Sin duda, Alfonso, con la educacion de estos chicos el mundo puede prometerse verdaderas maravillas!

ALFONSO.—De todos modos, ni tú ni yo las veremos.

GONZALO.—El profundo respeto y la consideracion tierna y cariñosa que ustedes merecen, así como el deber de hijo sumiso y de amigo tan desigual de años, me han hecho guardar silencio en esos breves instantes; cuyas palabras y conceptos obligan ya á mi génio á tomar parte activa en el debate y defensa del pró y contra de lo principal antiguo y moderno.—Hay, señor Ossorio, cambios muy crueles, y es menester estar desprovisto de todo sentido comun para no conocer que ese porvenir de gloria, de prosperidad é independecia tan decantado, puede traducirse por el de destruccion y trastorno.—¿Habrà quien ya haga caso de esas utopias inútiles, absurdas é impracticables?...—¡Tras de la indignacion viene el desprecio, y más tarde el olvido!...—Yo no creo, como muchos, que sea bueno para la sociedad «el que el público se entusiasme pronto de las novedades.»—Precipitarse en una accion ó cambio cualquiera, sin meditar antes sus consecuencias, ¿no es una locura?

OSSORIO.—¡Y muy grande!...

ALFONSO.—Y en prueba de ello, ¡hay tienen los desengaños, frutos amargos, pero saludables de la experiencia!...

GONZALO.—¡Si fuese posible reunir todos los padecimientos, toda la desesperacion que han producido esas ideas nuevas, esos planes quiméricos, la humanidad entera, cual en ningun tiempo, se habia de estremecer con más justicia y motivo de espanto y de terror!

OSSORIO.—No es lo peor eso, sino lo que nos resta que sufrir... ¡Pobre España!—Para un jóven que piense á lo viejo como tú, hay un millon de cabezas trastornadas que se mofan, rien y divierten

en llamarnos fanáticos y antidiluvianos.—¡Hasta mi sobrina, ya has visto, con qué altivez y superioridad contesta á su tío!—¡Ya no hay respeto ni consideracion de ninguna clase! Pero lo que á mí me exalta y saca de juicio, es oír todavía «que somos poco amables y condescendientes.» ¡Eso se llama añadir el insulto al descaro!—¡Sin duda no están contentos todavía estos modernos con que tuteen los hijos á los padres y abuelos, y hasta que les reprendan á cada paso, dando fuerza alguna vez á la expresion con una de esas interjecciones horribles, que hacen estremecer y cubren nuestra cara del más encendido rubor!...

ALFONSO.—No tomes, Ossorio, las cosas con tanto calor. A nuestros años, esperiencia y conocimiento de la sociedad, ya nada debe impresionarnos de lo que acabas de decir y pueda suceder.—Tanto tú en la carrera de abogado, como yo en la de las armas, hemos visto las mayores intrigas, crueldades é injusticias. Nosotros hemos presenciado ¡lo que ruboriza recordarlo! ¡lo que estremece decirlo! ¡la corrupcion más grande, la fiereza más encarnizada y el desórden más completo de ideas y sentimientos, cual nunca vieron los siglos!—Pues bien: ¿qué extraño es que esta desgraciada juventud, que se ha criado y educado con tales elementos, respirando una atmósfera de libertad y licencia, esté contagiada del modo que la vemos?

GONZALO.—¡Preciso es renunciar á describir!...

ALFONSO.—¿El qué, hijo mio?

GONZALO.—El cuadro de vuestra época y la presente.

OSSORIO.—¿Para qué?

GONZALO.—Para mostraros la causa del mal, y á mi juicio el remedio.

OSSORIO.—¡Imposible! Solo acabando con la presente generacion.

ALFONSO.—¡Já, já, já!... Fuerte es el remedio. Dime, Ossorio; ¿quedándonos nosotros?

OSSORIO.—Se entiende.... Y alguno así como Gonzalo, que aunque vehementemente, piensa lo mismo.

ISABEL.—Aunque yo no *piense* así, me parece la idea algo disparatada.

—Lo dicho; á mi tío no hay quien le iguale en lo absoluto de sus opiniones.—Yo apuesto que sus justicias ó determinaciones, serian más fuertes y ejecutivas que las de los sultanes de Oriente y Africa.

OSSORIO.—¡Ahí tienes, Alfonso, en mi sobrina, el más acabado modelo de la educacion del día!—¡Semejante insulto y singular provocacion, da á conocer, además, su carácter resuelto y altanero! ¡Eso es demasiado!... ¡Preciso es poner término á tanta desvergüenza!

ALFONSO.—No te quejes de esas bicocas, que nada valen ni significan.

ISABEL.—¡Já, já, já!... Mi tío... ¡qué sofocado se pone!...

OSSORIO.—Alfonso... ¡con tu defensa y apoyo ¡la alientas á delinquir!

ALFONSO.—Mira, observa y reflexiona, y te convencerás que Isabel puede servir de modelo á las jóvenes de su tiempo.—¿No es así, Gonzalo?

GONZALO.—¡Si, padre mio! nadie como usted comprende los vivos deseos que me impulsan á contestar al señor Ossorio, y á tomar una parte enérgica en la conversacion que nos ocupa.

OSSORIO.—¿Por qué te lamentas de la exaltacion de tu hijo, si acudes á él en los momentos dificiles?

ALFONSO.—¡Le conozco, y comprendo su agitacion!

GONZALO.—¡No hay medio; se me prohíbe hablar!...

ISABEL.—Así son todas las cosas, Gonzalo; al que mejor se le puede oír, y al que se eleva por su génio y pensamientos á considerable altura, no se le permite ni aun respirar.

OSSORIO.—Si te parece, Alfonso, daremos nuestro habitual paseo; pues ya es hora, y no quiero oír por más tiempo esa elocuencia provocativa de mi sobrina.

ALFONSO.—Como quieras.

ISABEL.—Sí; eso es lo que deben ustedes hacer.

GONZALO.—Así me cerraré yo en mi cuarto de estudio, y no me incomodarán ni aun las moscas.

ALFONSO.—Vas á venir á paseo con nosotros, pues el ejercicio y el aire son en extremo saludables.—Además; bien sabes, Gonzalo, que este pobre viejo no acierta á estar sino á tu lado.

ISABEL.—¡Buen viaje!... ¡Hasta luego!—*Corre á subirse á su habitacion.*

GONZALO.—¡Tan de prisa!...

OSSORIO.—¡Adios!... Ahora la emprenderá con la criada... ¡Si tiene un génio, que no se la puede contradecir!

ALFONSO.—No es bueno tirar mucho de la cuerda.

OSSORIO.—Todo tiene sus inconvenientes: ni sabe uno cómo obrar.—¡Nadie puede creer hasta dónde llega la invencible terquedad del carácter de esta chica!... ¡Es de resolucion y brío!

ALFONSO.—¡Vete á sujetar un génio y talento como el suyo!—Desengáñate, Ossorio, no te das muy buena maña para dirigir y simpatizar con los jóvenes de esta época.—¡Eres demasiado severo!

OSSORIO.—Y tú condescendiente.

GONZALO.—¡Criticais la condescendencia de mi buen padre!... ¿Quién si no él contiene á mi génio en sus arranques y exaltacion; me obliga á callar cuando más sofocado estoy; me sujeta, me domina;

se opone á mis gustos, á mis inclinaciones; me separa, como ahora, de mi ocupacion favorita, del estudio y de la pluma, de mis pensamientos queridos de entusiasmo y de delirio?—
¿Quién si no él con su dulzura embelesante, con sus palabras de interés, de ternura, me lleva á su lado como á un niño, ora por la influencia de sus afectos, ora porque me dice, «que no se encuentra... que no está bien sino á mi lado?» ¡Oh padre mio!—*Le abraza.*—¡Mi vida os pertenece con todo mi amor, con toda mi ternura!

ALFONSO.—*Levantando la voz.*—¡¡Hijo!!! ¡Tú haces feliz mi soledad y mis años!...

GONZALO.—¡Llora mi padre!

ALFONSO.—Nada, nada; lágrimas de alegría, de gratitud y de recuerdo.

—¡Tu madre!... la más sensible y cariñosa; la que con su amor conmovía mi alma y electrizaba el corazón de este guerrero; poco antes de morir, nos clavó una mirada que pareciera decirme: «¡ese pequeño hijo que te dejo, será todo tu encanto!...—¡No te desconsueles: ofrece á Dios tu dolor, y el Señor dulcificará tu amarga pena!».... ¡Así ha sucedido!

OSSORIO.—*Que observa á los dos enternecidos.*—¿A qué evocar ya estos recuerdos?

GONZALO.—Estas ideas llenando al alma de agradables y dulcísimas emociones... Sí, señor Ossorio; ¡la gratitud es el primero y más noble de los deberes del corazón!

OSSORIO.—¿Quién lo duda?

GONZALO.—Isabel de su tío.

OSSORIO.—¿Cómo!... ¿Negarme esa cualidad?

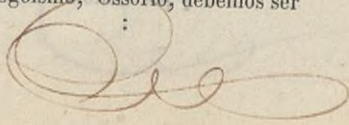
GONZALO.—La mujer con su viva imaginación y la lógica de su buen sentido, comprende al instante los sentimientos que inspira. Ella ha nacido especialmente para sentir y amar. Así; ¿cómo quereis que Isabel no se oponga decididamente á vuestra severidad, indiferencia ó desvío? ¿No lo hará con todas sus fuerzas, y sin consideracion ni respeto?

OSSORIO.—Ya sabéis que la cabeza de las mujeres gira á merced de todos los vientos.

GONZALO.—Sí; pero también sé que su corazón es un tesoro de preciosos sentimientos y eminentes cualidades. Por la dulzura y el cariño, no solamente se consigue de ellas lo que uno quiere, si no que se adelantan á nuestros gustos y caprichos, y están siempre dispuestas hasta á la abnegación y sacrificio.

ALFONSO.—Aunque no sea más que por egoismo, Ossorio, debemos ser

:



condescendientes y amables con estos chicos, que nos suceden en este miserable y pícaro mundo.

GONZALO.—Es necesario convenir, y no solo convenir, si no aceptar, tal como es la sociedad y se ha formado en esta época.—Yo soy el primero en censurar con acritud, sin término ni tregua, la mayor parte y más de lo que viene sucediendo!—¡Yo lloro con lágrimas de indignación y de amarga pena las desdichas de esta infortunada España!—¡Yo rechazo cual ninguno, esos usos, costumbres y modas, que como plantas exóticas se han ido importando del extranjero!—¡Yo aborrezco el error, las doctrinas y el egoísmo; pero no al que yerra, al preocupado y miserable, que solo le daría por castigo, el tormento de recordarle siempre los males que hacen sufrir á sus hermanos los españoles!—Sí, señor Ossorio: pocos, muy pocos son los causantes de tanta decadencia, trastorno y ruina.

OSSORIO.—No son tan pocos, Gonzalo.

GONZALO.—Si guardais la debida proporcion, casi ninguno. Un par de docenas: los más á propósito y principales...

OSSORIO.—Etc., etc. etc.... ¡Cállate, no prosigas!

GONZALO.—Sí... para deciros que depongais vuestra severidad y prevención con los educados en esta aciaga época.—Ellos, como nosotros, lanzan á cada paso anatemas, se muestran inquietos y disgustados, y así como dispuestos á conceder á ustedes, es decir, á sus leyes, principios, costumbres y opiniones, toda la razon y justicia que les asiste.

OSSORIO.—¿De veras, Gonzalo?

GONZALO.—Sí, señor Ossorio; no lo dudeis. Todo tiene su término, su límite; y ya los ánimos y las cosas si no han llegado á él, les falta muy poco!

OSSORIO.—Así fuese mañana.

ALFONSO.—¡Ahora, al instante!... Esos cambios son tan lentos como las rocas que se forman y crecen por el granito.

GONZALO.—En absoluto, ¡imposible!...—¡Absurdo sería suponerlo, é ilusion vana imaginarlo siquiera!—Sin embargo, á las grandes ilusiones, acontece con frecuencia grandes y pronto desengaños.—Ya no se oye otra cosa si no estas ó parecidas palabras: *para esto... mejor era lo que hemos despreciado: tenían razon los antiguos: ¡eran unos sábios!*...—Su legislacion y sistema de gobierno, su fé y marcha política. ¡Cuánto más valía! ¡Oh tiempos sencillos y económicos!... ¡Oh épocas religiosas, y por tanto felices!... ¡Cuándo volverán y dejaremos de ver á

tantos poderosos influentes, que sin cesar se disputan el mando, y son para la pátria su trastorno y ruina!

ALFONSO.—El público, Gonzalo, lee poco y escucha mucho.

OSSORIO.—Y conoce bien lo que le tiene cuenta.

GONZALO.—Sí, pero hay una fascinacion en las calamidades mismas, y aunque no existe en política, si no en muy corto número; no obstante el orgullo de muchos les obliga á sostener absurdos, delirios, y todos los desatinos imaginables.—Yo no hablo de las gentes que llaman *poco instruidas*, ni de las laboriosas y sufridas; pues ya se sabe que esas siguen apegadas á las costumbres y tradiciones antiguas.—Tampoco me refiero á los que por interés, posicion y miras particulares, quieren á todo trance que continúe ese estado de cosas que conviene á su egoismo.

OSSORIO.—¿Y á quiénes te refieres?

GONZALO.—Solo me limito á los que con más ó ménos ligereza y entusiasmo, debilidad é ignorancia, acogieron presurosos las nuevas ideas políticas, sociales y religiosas que invadieron nuestro suelo.—Estos sí, desengañados unos, y otros en camino de serlo, concluirán por adherirse abiertamente á lo antiguo, y confesar, no obstante su amor propio, su ceguera y lamentable extravío.

ALFONSO.—Ese día seria para nosotros el más interesante y codiciado de todos.

OSSORIO.—Yo te prometo, Alfonso, á pesar de mi severidad, bailar una contradanza por tan feliz suceso.

ALFONSO.—¡Já, já, já! Ya tendria que ver....

OSSORIO.—Y no solo eso, sino desde aquel día y hora, vuestro amigo abandona ese sentimiento de dignidad y honra, que es calificado de seriedad y altivez.—¡Sí! el orgullo de pensar y sostener lo que uno debe, y la reprobación á todo lo nuevo, ha dado lugar á que penseis de mí otra cosa.

ALFONSO.—Si te parece, Ossorio, continuaremos nuestra conversacion en el paseo.

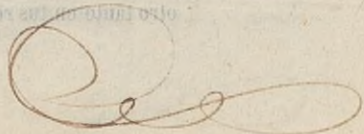
OSSORIO.—Sí, iremos al Retiro; que es sitio delicioso.

GONZALO.—Y á propósito para nosotros.

ALFONSO.—¡Teresa!... hasta las nueve no volverémos. Cuida de casa.

TERESA.—¡Bien, señor! paseen ustedes mucho.

TODOS.—Adios....



ESCENA IV.

TERESA Y ELENA.—*Entran las dos á la habitacion.*

TERESA.—¿Venias de acompañar á tu señorita?

ELENA.—Sí, por cierto; á la casa de la otra señorita, su amiga, la que es tan orgullosa y tonta como ella.

TERESA.—Entonces, unos y otras tienen para rato.

ELENA.—Nos sentaremos; así como así este sofá y sillas del año uno, ni aun para la chimenea valen.

TERESA.—Tan raros y antiguos son como los amos.

ELENA.—No te quejes: si sirvieses á los de arriba, ¡ya verías lo que era bueno!...

TERESA.—No me quejo, no, de mis amos; pues aunque raros, yo hago y dispongo de todo.

ELENA.—¡Pues, hija!... ¿quién como tú?...

TERESA.—¿Te parece á tí que es buena vida estar tantos años al lado de dos hombres tan retirados del mundo, sin disfrutar de nada, ni tener relaciones con nadie?

ELENA.—Esa vida sería para mí insoportable. ¡No sé como la sufres! pues á todas nos gusta oír de cuando en cuando á los hombres, y si es muy á menudo mejor, «que se mueren por nosotras; que están descoyuntados de amor.»

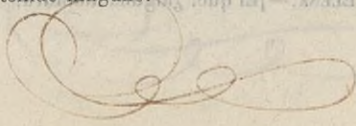
TERESA.—Creo que por mí ninguno se habrá muerto, ni ménos descoyuntado.

ELENA.—¡Quía!... lo dicen, pero no lo hacen. Cuando mi señorita lee *La Correspondencia*, y la pregunta su tío, ¿qué dice? le cuenta la mayor parte de los días algunas muertes de hombres, y también de mujeres desesperadas. Pero no todas de amor.

TERESA.—¡Qué horror! ¡No me lo digas!... ¡Suicidarse también las mujeres!...

ELENA.—Está de moda. Los hombres cuando se ven sin metálico y no pueden continuar con el carruaje, sus gastos y vicios, se quitan de enmedio... y al infierno con ellos. Y las mujeres, ya se sabe; de rabetas, celos y coraginas.

TERESA.—¡Qué tontas y qué poco cristianas! Cuidadito, Elena, no te suceda otro tanto en tus relaciones con García.

- ELENA.—No lo creas: es muy formal y juicioso.
- TERESA.—Sí, será cierto; yo no he tratado con intimidad á los hombres, pero siempre he oido decir, que no hay que fiarse de su formalidad y juicio.
- ELENA.—¡Si tál supiera, no me fiaba ni de mi hermano! ¡Te aseguro que antes que me consiga García, le ha de costar un triunfo!
- TERESA.—Harás bien: no sirve casarse por apariencias, y luego despues pasar una vida horrible de privaciones y disgustos.
- ELENA.—*Mira á un reloj de pared.*—¡Ay!... Son las seis... ya pronto vendrá García.
- TERESA.—¿Aquí?... ¡Cómo!... ¿A hablar contigo?...
- ELENA.—Sí, conmigo... ¿Qué tiene eso de particular?... ¿Yo creí que lo sabías? No seas tonta; ¡Já, já, já!... ¡Por eso tú estás todavía soltera! Cuando se van los años, recibimos nosotras, las criadas. ¡Pues no faltaba más! No sabes tú las visitas que yo recibí cuando estuve en la otra casa. ¡Já, já, já!... ¡Qué risa cuando me acuerdo!... Pues verás tú: el primero que me hizo el amor, fué un estudiante de los más tronados; un verdadero *silbante*, de esos palominos ó pollos con manto, que no dejan en paz ni á criadas, ni á niñeras, ni á doncellas, ni á modistas. Para él, como decia, todo era igual; ora fuese una fregona ó la más remilgada señorita. A pesar de todo; ¡qué divertido era! ¡No sabes tú las cosas que me decia de novelas y de versos de poesía! Al mismo tiempo tenia un músico que estaba estudiando para tocar el violon.
- TERESA.—¿El violon?... ¡Quíá!... ¿será otro instrumento? El violon le debe tocar cualquiera, y sin saber música. Cuántas veces he oido: «don Fulanito está tocando el violon;» y de otras personas respetables que decían tambien le tocaban y á dos manos.
- ELENA.—Seria otro instrumento. De todos modos, yo no he visto hombre más loco y con más compases y notas. Con el *dos por tres* y *tres por cuatro* todo lo mezclaba y confundia. ¡Así me cansé yo de él! No sea, le dije, que al son de la música solfee usted en mis costillas, y es cosa que pienso no me habia de hacer mucha gracia. Se fué con la música á otra parte. Despues tuve otro.
- TERESA.—¿Todavía otro?... ¡Já, já, já!... ¡qué risa!... ¿Y ahora á García? Ni una coqueta. ¿Estás en tu juicio?
- ELENA.—Mira si lo estoy. ¿Te parece mucho cuatro novios á los veinte y cinco años? Esos los tiene cualquiera.
- TERESA.—Yo tengo treinta, y no he tenido ninguno.
- 

ELENA.—Ni los tendrás, si así sigues, en tu vida.
TERESA.—¿Pues qué he de hacer? ¿No eres tú maestra?... Anda, enséñame á coquetear...
ELENA.—Eso se aprende ejercitándolo.—*Se asoma á la ventana.*—¿Ya viene García?... ¡Mira!... ¡corre!... ¡entra en el gabinete!... ¡que no te oiga!... ¡Ya está ahí!

ESCENA V.

GARCÍA Y ELENA.

ELENA.—*Sale á su encuentro, y le abre la puerta.*—Ya creí que no venías.
¿Va ya una calma la de los hombres!... ¡Si digo yo!...
GARCÍA.—Estuve hablando con Sevilla, y como no tiene intencion buena, sospeché sin duda mi impaciencia por venir aquí, y todo se le volvió decirme palabras que nada gustaban y que exigian de mí contestacion.
ELENA.—¡Ese hombre es temible!
GARCÍA.—Desde que se dedicó á la política y á la lectura de ciertos periódicos, está dado en cuerpo y alma á Satanás.
ELENA.—¿Y por qué le tratas con esa familiaridad? ¿No ves su descaro, su travesura y mala intencion?
GARCÍA.—Antes no era así; al contrario, veías en él reunido á su natural despejo, el juicio y la laboriosidad.—Es hombre muy listo y alegre; y así, con sus bromas, tiene grandes simpatías.
ELENA.—Todos los de génio abierto y chistoso, se hacen buen lugar.
GARCÍA.—Como hombre de talento, es fácil que con el tiempo desista de sus locuras.
ELENA.—¡Si tan largo me lo fias!... Deja su amistad, y no seas tonto: tiene bromas muy pesadas, y te vá á comprometer.
GARCÍA.—Todo lo conozco, ¿pero qué quieres?... vive en la misma casa, y como no sea una vez, siempre me habla y oye con cierto respeto y consideracion; no obstante de haberle dicho cosas muy fuertes.
ELENA.—No te fies: no conoce la vergüenza; es tan descarado como malo, y se rie de todo el mundo.
GARCÍA.—¿No te he dicho lo mejor?
ELENA.—¡El qué! ¿alguna diablura?

GARCIA.—De todo tiene; y como no entre yo en ella, será milagro.

ELENA.—¡Eso faltaba!... ¡Jesús, qué hombre!... Vamos, dímelo.... ¡No sé cómo le saludas!

GARCIA.—Me ha dicho Agustina, en confianza, que andemos con cuidado, pues su marido ha hablado diferentes veces con don Alfonso, y no sabe qué traen entre manos.—Una de esas veces los he visto yo.

ELENA.—¿De veras?... ¿Y qué le decía?

GARCIA.—No sé; á mi llegada al instante se ausentó; sin duda por la broma que te dije.

ELENA.—¡Ah, sí!... ya recuerdo.

GARCIA.—Pues bien; me ha dicho Agustina, que despues de aquella conversacion, la llamó con mucha priesa su marido, y la encargó fuese al instante á saber por tí noticias.

ELENA.—¡Mírala la suavecita! Por eso, sin duda, me hizo el otro dia tantas preguntas del señor coronel, su hijo y mi señorita.

GARCIA.—No piensas mal de ella. Acostumbrada como está á obedecer á su déspota marido, acepta este y otros encargos, por más odiosos que la sean.

ELENA.—Sí!.... pero en el modo de desempeñarlos está el *quid* de la dificultad.

GARCIA.—¿Dejará de ser mujer, para no sentir cierta complacencia en saber vidas ajenas?

ELENA.—¡No sé cómo os miramos, siempre hablando mal de nosotras!

GARCIA.—Si todas fuesen como tú, la mujer embelleceria nuestra vida.

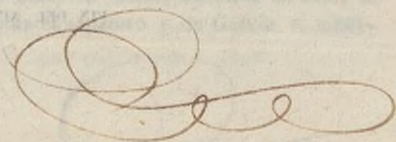
ELENA.—No hay que hacerlos caso; del mejor de los hombres reniego....
¡Qué bien se está soltera!

GARCIA.—Perfectamente; la que como tú es tan recelosa y experimentada de los hombres, no debe mirarlos nunca.

ELENA.—¿Yo, experimentada?... ¿Qué es lo que dices?

GARCIA.—Lo que solo revelan tus palabras. *No hagas caso de los hombres, y reniega siempre del mejor.* ¡Adios!.... ¡Qué bien se está soltero!...

ELENA.—*Marcha hacia él.*—¡Escucha!.... ¡mira!.... ¡atiende!....—*Suena la campanilla.*—¿Quién será?... ¡Párate, por Dios!—*Le coge del brazo.*—¡Entra aquí, que serán los señores!—Voy á abrir.— ¡Ay!... Sevilla!....



ESCENA VI.

ELENA Y SEVILLA.

SEVILLA.—*Lleva un par de botas de don Alfonso.*—A mala hora vengo.
¿Cómo te vá, Elena?

ELENA.—Así, así... ¡Entre usted si quiere, y sino á la calle!

SEVILLA.—*Entra y se sienta.*—Franqueza como la mía no hay que buscarla.

ELENA.—Ni descaro tampoco. ¡Vamos, despache usted!... Vengan las botas, y á su casa.

SEVILLA.—Tengo mucha calma, hija. ¿Sabes que me ganas á franqueza?... ¡Já... já... já... ¡Qué priesa y qué cara de disgusto!... No me voy de aquí, hasta que no me digas lo que te pasa.

ELENA.—¿Yo á usted?...—*Se sonrie.*—Facilillo será.

SEVILLA.—Mira!... ven acá.—*A media voz.*—¿Está distante de aquí tu novio?

ELENA.—Ni lo sé, ni á usted le importa.

SEVILLA.—Vamos, que sí, picarilla; te lo conozco yo en los ojos y en ese color de carmin.

ELENA.—¡Jesús que hombre más cargante!...—*Se asoma á la ventana.*—
¡Por allí vienen los señores!... ¡ahora verá usted?

SEVILLA.—*Se levanta precipitado.*—¡Váya!... ¡Abúr!... ¡Ya me lo contarás!...

ELENA.—¡Buen viaje!... Su ausencia y mil duros, todos los dias...

GARCIA.—*Sale y dice con enfado y vehemencia.*—¡Ese tuno!...

ELENA.—¡Qué vienen de paseo!...

GARCIA.—¡Adios!... ¡Vaya una broma!...

ELENA.—¡No te olvides, vida mía!...

GARCIA.—¡Así pudiera arrancarte del corazón!

ELENA.—*Se fué.*—*Del lado opuesto sale Teresa.*

TERESA.—¡Qué dirán los amos!...

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

ALFONSO Y OSSORIO.

ALFONSO.—Sin duda, Ossorio, habrás estrañado no diga nada á mi hijo cuando desde la puerta se ha dirigido á su gabinete de estudio.

OSSORIO.—Ya pensaba decírtelo; pues recuerdo lo que hablamos ayer, «de que á Gonzalo cada vez le perjudica más toda clase de lectura.»

ALFONSO.—Así es la verdad; y no le hubiera permitido, á no tener que hablarte de eso, y de otro asunto que puede ser de mucha trascendencia.

OSSORIO.—Tambien comprendia en tí cierta intranquilidad, y así... como quererme decir algo. ¿Qué ocurre?

ALFONSO.—¡Solo Dios sabe lo que aquí habrá ocurrido!

OSSORIO.—¡Me estraña tu inquietud y sobresalto. ¿Qué recelas? ¿qué temes?...

ALFONSO.—¿No has notado un poco antes de entrar nosotros en casa, la salida disimulada de Sevilla el zapatero y de García el administrador?

OSSORIO.—Sí; y han hecho como que no querian vernos ó que les viésemos.

ALFONSO.—Efectivamente. No te he dicho nada, por no alarmarte, de las sospechas que tenia de García y Elena.

OSSORIO.—¿Qué me cuentas? ¡Elena relacionada con ese señorito!

ALFONSO.—Sí, á no dudarlo; y si no es más que eso, nos podemos dar por contentos.

OSSORIO.—¡Una friolera, si no es más que eso!.... ¿Pues que crees tú que sea?

ALFONSO.—Sus aspiraciones deben ser más elevadas.

OSSORIO.—¿Acaso con mi sobrina?

ALFONSO.—Quizá haya algo.

OSSORIO.—¡Si tal supiera, una y otro se habian de acordar de este viejo!...

ALFONSO.—A pesar de las noticias que tengo, y de lo que yo habia observado, no puedo creer que Isabel tan digna y delicada, descendida de ese modo de su clase y posicion.

OSSORIO.—A mí me sucede lo mismo; no obstante, en cuestion de amores, las mujeres suelen tener los caprichos mas inconcebibles y disparatados.—De todos modos, yo pondré pronto remedio.

ALFONSO.—En eso, más que en todo, es necesario saber lo que se hace y andar con mucho tiento.

OSSORIO.—Pero, ¿qué has observado y qué te han dicho?

ALFONSO.—A García y á Elena los he visto varias veces juntos, y en una de ellas, salir de la tienda del zapatero. Fui allí; y como Sevilla es hombre franco y hablador, le hice unas cuantas preguntas capciosas y disimuladas de su vecino García, contestándome, al parecer, de un modo cierto.

OSSORIO.—¿Qué te dijo?

ALFONSO.—Confirmar lo que yo habia sospechado; esto es, «que García se dirige á Elena por conseguir á su señorita.» Añadiendo, segun le habian dicho, que la cosa marchaba á su gusto y sabor.

OSSORIO.—¡Vaya una calma la tuya sin decirme hasta ahora nada!

ALFONSO.—¿Y te parece á tí que yo desde entonces no he estado en una continua observacion?

OSSORIO.—¿Y qué has notado y visto?

ALFONSO.—Solo las relaciones de Elena y García.

OSSORIO.—¿Y nada con mi sobrina?

ALFONSO.—Si hay algo tambien, te aseguro que lo saben hacer con el mayor disimulo.

OSSORIO.—De todos modos, yo desearia que Isabel tomase cuanto antes estado, y que eligiese uno de los que conocemos; no sea que el

dia menos pensado salga con algun capricho.—Ya sabes que tiene buen dote, y que no es de las que asustan.

ALFONSO.—No la faltarán pretendientes.

OSSORIO.—¡Lástima de tu hijo!...

ALFONSO.—¡No me le recuerdes, ya sé lo que vas á decir!

OSSORIO.—Dotado como está de un alma ardiente y sensible, parece que debía sentir, cual ninguno, las ternuras del amor.

ALFONSO.—Las sentirá, no lo dudes; teniendo como tiene todas las grandes cualidades del corazon.

OSSORIO.—Y entonces, ¿cómo no se dirige, por ejemplo, á Isabel, que es la que más trata?

ALFONSO.—¡Ay, amigo!... sin posicion ni facultades, no podrá vencer su estremada delicadeza y excesivo amor propio.—Además, ¿ignoras por ventura la exaltacion de Gonzalo, sus pensamientos favoritos y su ocupacion constante con lecturas de todo género? —¿No sabes que su imaginacion se complace en hechos extraordinarios, y en ese sentimiento pátrio tan vivo y conmovedor?

OSSORIO.—Por eso, á todo trance debes procurar, en lo posible, separarle de sus libros.

ALFONSO.—¿Y cómo se consigue eso?

OSSORIO.—Le hablas de la conveniencia de su enlace con mi sobrina, presentándole la cuestion con la habilidad que tú sabes. Y le dices, *que no haga caso de la desigualdad de fortunas.*

ALFONSO.—¿Sabes el modo de pensar de Isabel?

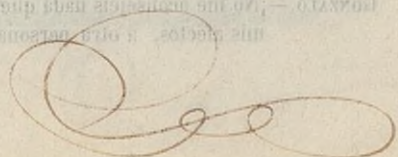
OSSORIO.—Piense como quiera, si Gonzalo se dirige á ella de veras, y la habla con esa elocuencia que posee tan penetrante y persuasiva, no temas que le desaire.

ALFONSO.—Me halaga tu idea... ¡Dios quiera que lo consiga!...

OSSORIO.—Indudablemente; y así podremos estar los dos más tranquilos...

ALFONSO.—¡Adios!... voy á hablar á mi hijo.

OSSORIO.—Si; cuanto antes. Hasta luego.—*Se sube.*



ESCENA II.

TERESA.

TERESA.—*Entra y mira con inquietud y disgusto.*—¡Tiemblo!... ¡no sé lo que me pasa!... ¡Buena la tenemos!... Me asusta la cara que me pone mi señor. Si descarga la tempestad, ¡pobre de mí!... —Estamos divertidas!... García, al despedirse, quería arrancar... nada ménos que arrancar del corazón, el afecto de Elena. Y mi amo, según la fisonomía de su semblante, es fácil que me eche á mí las muelas fuera. ¡Solo á esta desgraciada suceden tales cosas! ¡Oigo ruido! La tempestad se acerca... ¡No, pues aquí no me coge!... *Se sale.*

ESCENA III.

DON ALFONSO Y SU HIJO.—*Entran hablando.*

ALFONSO.—Uno y otro sentimiento ennoblecen el corazón; pero el hombre y la mujer no están organizados para vivir solos, aislados; necesitan expansion, simpatías, consuelos; ese amoroso fuego que hace palpar de ternura á dos almas unidas por los vínculos santos del matrimonio.

GONZALO.—¿Conoceis á vuestro hijo?... Si ese corazón, aun á los setenta años le sentís con esa fuerza, ¿cómo sentiré yo el mío siendo fruto de aquel amor inmenso que, unido á vos, abrasó también á mi madre?... ¿Por qué mi espíritu sufre una *tortura* horrible?... ¡Ay, padre!.. ¡me habeis engendrado muy sensible para un mundo tan egoísta!...

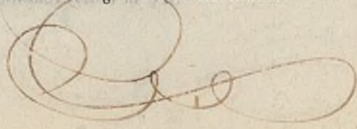
ALFONSO.—*Se enternece, y lleva el pañuelo á los ojos.*—Con ese «¡ay padre!»... toda mi naturaleza has conmovido por gratos y dolorosos recuerdos....

GONZALO.—¡No me aconsejéis nada que tenga yo que dedicar mis ternuras, mis afectos, á otra persona que no sea mi anciano padre!...

- Que yo pueda enjugar—*Lo hace.*—siempre esas lágrimas de dulce y abrasado cariño!
- ALFONSO.—Sí!... pero mi vida será más tranquila al considerar que después de mi muerte, no quedas solo en el mundo, y sí al lado de una esposa que será el alma de tu alma, y habrá entre los dos dulce comunidad de pensamientos y afectos.
- GONZALO.—¡Comprendo que es una dicha consagrarse á una persona que se ama!
- ALFONSO.—Sí, hijo mio; es el embeleso de la vida y el encanto de la naturaleza.
- GONZALO.—¡Qué bien comprendéis el amor!... ¿Sabeis, por ventura, que Isabel aceptará mi mano?...
- ALFONSO.—Su tío lo desea, y aún me lo ha propuesto, como un bien para para vosotros y nosotros; diciéndome: «Si se empeña Gonzalo, consigue, á no dudar, la mano de mi sobrina.»
- GONZALO.—¿Cómo venceré yo mi delicadeza, mi amor propio, por la desigual fortuna de la de Isabel con la mia?
- ALFONSO.—Tambien se lo hice presente, á lo que me contestó: «que no haga caso Gonzalo; pues el amor todo lo iguala.»
- GONZALO.—¡Ya que así lo deseais, y que mi corazon es todo afeccion y ternura, rompo desde ahora los lazos que le sujetan, las reflexiones que le contienen, dejándole libre para que pueda penetrar en el de esa heroina, cuya elevacion de ideas y pureza de sentimientos no van en zaga á los míos!
- ALFONSO.—Sí! Gonzalo, entrégate á el amor, y abandona lo que tanto te perjudica!...
- GONZALO.—De un modo absoluto, ¡nunca!...
- ALFONSO.—Toma estado, y variarás aunque no quieras.
- GONZALO.—Falta primero la voluntad de Isabel.
- ALFONSO.—Si la tuya es decidida, triunfarás á no dudarlo.—Vete! y no te retardes!—*Se salen.*

ESCENA IV.

TERESA y después ELENA.

- TERESA.—Por fin se fué la tempestad, á descargar, sin duda arriba... Allá me las dén todas.—¡Ay!... ¡Llaman!... ¿Si volverá la tempestad? —*Abre.*—¿Tú eres?... ¿Huyes tambien?... ¿Cómo te ha ido?...
- 

ELENA.—¡Já, já, já!... ¡qué risa!... ¡no estás poco asustada! Si sigues así, ya te irás acostumbrando.

TERESA.—¿No te han dicho nada?

ELENA.—Ni una palabra: es pronto. Los amos al principio disimulan, hasta que se enteran. ¡Después es ella!...

TERESA.—No sé como hay quien los entere de estas cosas.

ELENA.—¡Eres una pobre mujer! de esto y de todo nunca falta un trapisonda, como Sevilla, que goza y se divierte en malquistar á los amos y criadas. ¿Le has oído?

TERESA.—¡No me lo digas! ¡He pasado un susto!... ¡Qué hombre tan descarado! Si no vienen los señores, tenemos que salir á defenderle. ¿Y entonces?... ¡qué risa, y qué sorpresa para Sevilla!...

ELENA.—Si, se hubiera reído y burlado un par de horas; pero sorprendido... ¡Bueno es él!... Es tan sereno como atrevido.

TERESA.—¡Y temible!

ELENA.—De todo tiene.—¡No sé cuánto daría por saber la conversacion que ha tenido con tu señor!

TERESA.—Anda con cuidado, y adviérteselo á García.

ELENA.—¿Sabes algo? ¡dime, no te detengas!

TERESA.—Ya presenciastes la casualidad de la salida de Sevilla y García, al mismo tiempo que entran los señores.

ELENA.—Sí.

TERESA.—Pues bien: al entrar mi amo en casa, tenía una cara tan seria y mal humorada, que me asustó. Viendo eso, corrí á dar la vuelta de la sala, y me puse á escuchar, como hacemos todas las criadas.

ELENA.—Y en esos casos, con cien oídos.

TERESA.—Solo así, poniéndonos en guardia, salimos menos mal de tantas mentiras como echamos.

ELENA.—Continúa; date prisa.

TERESA.—Oí á mi señor que contaba al tuyo la conversacion que habia tenido con Sevilla; «de que si García hablaba contigo, era por conseguir á tu señorita.»

ELENA.—*Fuera de sí.*—¿Será posible?... ¿García ese papel?... ¡No!... ¡no hay que fiar de los hombres!... ¡Pierdo el juicio!... ¡Bribones!!! ¡Si cojo al zapatero y á García, los hago comer fósforos!... ¡Adios!...—*La coge Teresa.*

TERESA.—¡No seas loca; escucha!... ¡García te quiere!...—¿No recuerdas que á tí te dijo otra cosa, refiriéndose al pícaro de Sevilla, sobre la conversacion que habia tenido con mi señor?

ELENA.—Sí!... ahora recuerdo: le habló de batallas y de sus tiempos felices en la milicia.

TERESA.—¡Ahí tienes, el enredo y la calumnia!—Si lo sabe el señorito, con el génio que tiene, le anonada, le confunde, por mas osado que sea.

ELENA.—No, pues si se entera tambien mi señorita, con el suyo y el orgullo que posee.—¡Dios le libre!...—*Mira al reloj.*—¡Ay!... ¡Me he descuidado!... Voy corriendo, no sea que me busquen... Hasta luego...

TERESA.—¡Ten juicio: no rompas con García!... Se fué. ¡Jesús, que chical!... no sabe que hay remedios peores que los males!... Sí; pero ciertas gentes no se permiten perdonar las ofensas recibidas. ¡Se siente ruido!... ¡gente baja!... ¡Si digo yo, que esa Elena, no tiene cabeza! La esperarian para salir... ¡Luego dirá de los amos!... Demasiado buenos son.—¡Llaman!... ¡vienen! —*Los abre.*

ESCENA V.

DON ALFONSO Y OSSORIO, ISABEL Y GONZALO.

ALFONSO.—Los dos ancianos, entraremos en el gabinete.

OSSORIO.—Perfectamente: siempre lo haremos así, y nos quitamos de cuestiones.

ISABEL.—¿De cuando acá mi tío tan amable?

OSSORIO.—¿No sabes que es de sábios, y aun de tontos tambien, mudar del modo de pensar? Por otra parte, estoy convencido que de la desigualdad de años, nacen otra porcion de desigualdades y disputas. Vaya, quedaros.—*Se entran.*

ISABEL.—Mejor cosa no pueden hacer.

GONZALO.—Nos tratan como de quince años; siempre á su lado, ó á su vista, como ahora.

ISABEL.—Tanto, tanto es ridículo, y en extremo impertinente.

GONZALO.—Mucho consiste que no ven en nosotros ni resistencia, ni afan por otras cosas.

ISABEL.—Si eso supiera... ¡qué resistencia y qué afan iba á tener!... ¡Yo le aseguro á mi tío que, ni los zaragozanos en su heroica defensa contra los franceses, me habian de ganar!...

GONZALO.— *Con cierta vehemencia.*—¿Queréis que hablemos de historia, y de los grandes hechos de España?

ISABEL.—No!... las historias, Gonzalo, son buenas para dormir; y si hablamos de los grandes hechos de España, tenemos tambien que tratar de los grandes deshechos modernos. Váyase lo uno por lo otro.

GONZALO.— *Volviendo la cabeza y á media voz.*—¿Qué talento!—¿Os gusta la historia natural?

ISABEL.—La parte poética, la que habla al corazon y produce en el alma dulces emociones, me extasio con su lectura.

GONZALO.—¡Muy bien!... tenemos los dos un mismo gusto. Entonces, ¿os complacerá en estremo las bellezas de la naturaleza; se extasiará vuestro espíritu á la vista del cielo, del mar, de esos dias de primavera tan claros y serenos, como poéticos y sublimes?

ISABEL.—Sí, Gonzalo; siento lo que no puedo espresar, á la vista de un campo florido, lleno de emanaciones fragantes, en que el aire parece acariciarnos, y los ecos melodiosos del ruiseñor, convidarnos á el amor.

GONZALO.—Yo no le puedo oir sin conmoverme profundamente... ¡Canto precioso!... ¡músico sublime! para todo oido sensible, y corazon inclinado á la ternura, á el amor,—como decís,—inagotable manantial, fuerza viva y enérgica, que se halla en el principio de nuestro sér.

ISABEL.—¿Sabeis que vuestras palabras me enternecen y me sorprenden?

GONZALO.—No lo dudo; ocupado siempre en la historia y sistemas políticos, me habeis visto continuamente delirante, entusiasta, frenético, al hablar de nuestras glorias y hazañas... ¡y lleno de indignacion y de profunda pena al vernos tan abatidos, por lo que todos conocemos!... ¡El Leon Español, cuyos rugidos han hecho estremecer tanto tiempo, el uno y el otro hemisferio, se vé ahora humillado por las águilas y los leopardos!... ¡Esto yo no lo puedo sufrir!...

ISABEL.—Al órden, Gonzalo; no admito esos estravíos. Habla del amor y deja eso.

GONZALO.—Dos palabras para rectificar.

ISABEL.—Si no son más que dos, concedido.

GONZALO.—El amor que hasta ahora he manifestado, ha sido solo á la pátria y á mi padre; ahora manifestaré el que vos me inspirais, ¡mujer incomparable!... ¡criatura sublime!...

ISABEL.—¡Ay, que risa!... ¿De veras, Gonzalo?... ¡Esto es algo mas que indiferencia y desdén.

GONZALO.—¿Yo indiferencia y desdén para contigo?

ISABEL.—Lo creí; como nunca me has dicho nada.

GONZALO.—¿No recordais mas de una vez el entusiasmo que me han producido tus palabras?

ISABEL.—Si; estaba distraida. Ya recuerdo que fuisteis muy galante saliendo á mi defensa. Gracias á eso, y á tu padre, que si no es por él, imposible que yo sufriera á mi tío.

GONZALO.—La mujer penetra siempre los sentimientos que inspira.

ISABEL.—Seria en otro tiempo, Gonzalo, lo que es ahora, son la mayoría de los hombres tan hipócritas y disimulados. que no hay medio de conocer lo que es adulación, galantería, amor ó simple deseo.

GONZALO.—El verdadero amor, no puede disimularse; tiene, como, el que yo siento por tí, su espresion y ternura, en las miradas; su fuego y entusiasmo, en esas palabras tan dulces como vehementes, que salen del corazon, y que manifiestan todo el cariño de una alma enamorada.

ISABEL.—Gonzalo!... tus palabras hacen latir presuroso mi corazon.—¿Será posible?... ¡No!... ¡es ilusion... me engañas!... Tienes un corazon capaz de conquistar al mundo entero, y el heroismo de tu alma es universal, de todos los españoles, y no de una insignificante mujer!

GONZALO.—¡Feliz el que te vé y contempla; tu abnegacion y modestia es sobre todo elogio! ¿Qué nuevo sentimiento me avasalla y perturba? ¿Qué agita interiormentete mi ánimo? ¡Oh misterios del corazon!... ¡Solo en el tuyo encuentro un fondo de seductora gracia, de goces infinitos y de dulzuras inefables!—Para que una alma pueda elevarse, ¿no necesita de la existencia de otra?... ¡Calma tus temores, y ven á mi corazon!—*Se aproximan y echan los brazos sin llegarse apenas.*

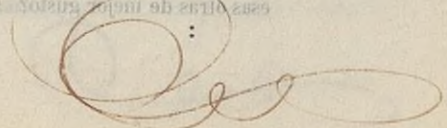
ISABEL.—*Profundamente conmovida y enjugándose los ojos.*—Si! estos son los primeros movimientos de júbilo que siente mi corazon!... ¡Tuya, ó de nadie!...

GONZALO.—*Intenta arrodillarse; pero la mano de Isabel unida á la suya, le contiene.*—Mi ser entero se inclina en presencia de tan perfecta criatura.—*Al mismo tiempo salen del gabinete Alfonso y Ossorio.*

OSSORIO.—Eso se llama en castellano antiguo, aprovechar el tiempo... ¡Bien por Gonzalo!...

ALFONSO.—Y por Isabelita.

GONZALO.—El amor que trastorna todos los corazones, los nuestros los arrebató.



OSSORIO.—Por lo visto, sí.—¡Calla! ¿mi sobrina está muda, y así... como sobrecogida de asombro?

ISABEL.—No señor. ¿No sabe usted que en estos casos el silencio es más expresivo y elocuente que las palabras?...

OSSORIO.—Dime, Gonzalo, ¿qué palabras mágicas has dicho á mi sobrina para cautivar su voluntad?

GONZALO.—¡Nada me preguntéis; son misterios del corazón!

ISABEL.—Este Gonzalo, ¿tiene un modo de insinuar las cosas!

OSSORIO.—Vamos, vamos arriba; allí hablaremos. Y por si Elena escucha, la diré que baje con Teresa, que es de juicio y no hay que temer amantes á su lado.

ALFONSO.—Eso es.—¡Teresa!... nos subimos... ¡Adios!...

ESCENA VI.

TERESA Y ELENA; y despues AGUSTINA Y GARCIA.

TERESA.—Sale, y ya no los encuentra.—¡Qué priesa!... ¡Ya han marchado, y sin yo contestarles! Parece que el mal humor se dispó sin consecuencias. Dice bien Elena; «las hechas valen.» ¡Ya baja esa loca!

ELENA.—Segun entra en la sala.—¿Lo ves como no ha resultado nada de tus temores? Eres más simple que los albaricoques de Valencia. Si tú hubieras oido á mi señor con qué amabilidad me ha dicho que venga á estar contigo, te convencerías una vez más, que la que mejor se porta consigue menos.

TERESA.—Chica!... razon no te falta; pero se necesita génio y humor para ciertas cosas.

ELENA.—Como para los novios. Si yo no me caso pronto, que me parece que sí, voy á estar más desacomodada que sirviendo.

TERESA.—¿Por qué?...

ELENA.—Tú no sabes las condiciones que ahora se imponen á los amos.

TERESA.—¿Es acaso el ir á la compra y salir más amenudo á paseo?

ELENA.—¡Qué atrasada estás de noticias!... Sin dejar esas condiciones, que son indispensables, para el gasto de botitas y hablar con los soldados; hay otras más modernas y de mejor gusto?

TERESA.—¿Que son indispensables?... ¡Qué inmoralidad!... ¿Y cuáles son esas otras de mejor gusto?

ELENA.—El ir al café y al teatro; vestirse como las señoras; con puños y cuello; alternar con las señoritas; salir cuando una quiera á ver á la prima, ó al primo, ó al novio, que es igual. Y por último, permitir á este la entrada siempre en casa.

TERESA.—¿Estás en tu juicio?

ELENA.—Mira si lo estoy; como que he pensado añadir yo otras condiciones, en el caso que deje á mis señores y continúe sirviendo.

TERESA.—¡No seas loca, que, más vale lo malo conocido, que lo bueno por conocer! ¡Pues digo, otras condiciones!...

ELENA.—En la variedad está el gusto; así sólo estaré con ellos, mientras no se opongan al mio, *de tener novio, salir á verle, y entrada franca en casa.*

TERESA.—Me dá risa el oírte.... Vamos, y tus condiciones, ¿á qué se reducen?

ELENA.—Además de las que te he dicho generales, yo pediría dote para casarme, y un empleo para el marido;—contando, cuando ménos, servirles tres ó más años.

TERESA.—De todos modos, te echarían á rodar por las escaleras si ibas con esas pretensiones.

ELENA.—Antes de proponerlas, ya sabría á quién. Hay señores y señoritas, que, sabiendo llevar sus caprichos, te conceden lo que quieras.

TERESA.—¿No me dices nada de García?

ELENA.—Quiere que nos casemos pronto; y me asegura, que el tiempo que pasa mejor, es el que está á mi lado.

TERESA.—Y tú ¿qué le contestas?

ELENA.—Que su presencia es todo mi encanto....—pero que tenga paciencia unos cuantos meses, hasta que reflexione bien si me conviene casar.

TERESA.—Las coquetas como tú, no hacen más que pasar el tiempo y entretener á los hombres. Cásate con García, que es buen sugeto.

ELENA.—¡Llaman!... ¿quién será?... Mira por la rejilla.

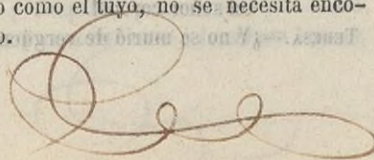
TERESA.—¡Agustina!... ¿Tú por aquí?...

AGUSTINA.—¿No me esperábais?

TERESA.—Ni nos acordábamos siquiera de tí.

AGUSTINA.—Lo creo: las dos reunidas sirviendo y solteras, estaríais hablando bien de vuestros amos, y rezando á Santa Rita, abogada de imposibles.

ELENA.—Para casarse con un marido como el tuyo, no se necesita encomendarse á ningún santo.



AGUSTINA.—Estos dias se nota en él un cambio muy grande.

ELENA.—¿Es todavía peor?

AGUSTINA.—No por cierto; gracias á Dios y al señorito Gonzalo, que, desde que estuvo con él, y le dijo tantas cosas, es muy otro m^í marido.

TERESA.—Solo mi señorito podia conseguir esos cambios. Tiene un modo de decir las cosas, que convence al más rebelde.

ELENA.—¿Si será por lo que le dijo á su padre?...

TERESA.—Agustina nos dirá; pues ya sabe que nos hemos interesado siempre por ella, y debe tener confianza de nosotras.

AGUSTINA.—Ya se vé que sí; no he venido yo á otra cosa, si no á deciros, el compromiso de García, al llamar en casa de Elena.

ELENA.—¿Cuándo? ¿Se encontró con los señores?

AGUSTINA.—Y más cortado y vergonzoso que una dama delicada que se la encuentra con su galán.—Llamó, callandito, suponiendo que tú estabas: y... ¡vaya un petardo!... al ver á la señorita Isabel.

ELENA.—Sí, por cierto; el susto y la turbacion le haria aparecer como un gran criminal. ¡Si hubiera sido tu descarado marido, de seguro que se echa á reir!

AGUSTINA.—Le hicieron entrar; y tanto le hablaron sobre la conversacion que tuvo el señor coronel con mi marido, que el señorito García vino corriendo y le hizo ir con él.

TERESA.—¡Bueno pondrian á tu marido!...

ELENA.—¡Si de allí no hubiera salido vivo!...

AGUSTINA.—Como si tal cosa vino tan fresco á casa. Y segun los oí, debió disculparse bien.

ELENA.—Lo creo; pues á tu marido no le falta descaro, disimulo y zalamería para mentir. «¡Dejar á todos en buen lugar!...»

AGUSTINA.—El señor de García, quedó contento, y mi marido tambien. Creedme; noto en él un cambio muy grande. Sin duda el *Genio* le habló de veras al alma.—¡Cuánto recuerda sus palabras!...

ELENA.—Despacha; dínos lo que sepas.

AGUSTINA.—Difícil será que yo repita todas sus palabras; y solo así, vendria en conocimiento de todo lo que hablaron.

TERESA.—No se necesita; á poco que nos digas, ya comprenderemos lo demás.

AGUSTINA.—Segun los he oido, todas eran á hacer cargos y pedir esplicaciones á mi marido, sobre aquella conversacion que tuvo con el señor coronel.

TERESA.—¿Y no se murió de vergüenza?

ELENA.—¡Morirse!... no le faltarían disculpas.

TERESA.—¡Qué bochorno sentiría, á pesar de su sudor!

ELENA.—¡Bochorno él?... qué poco le conoces.

AGUSTINA.—Contestó, á don Alfonso, con esa sangre fría que le es tan propia, «que, para ciertas cosas, tenía muy mala memoria; y así, que no podía decirle nada de lo que entonces habló; pues no recordaba siquiera el por qué, ni cómo, ni los motivos que obtuvo para decir lo que ahora se le atribuye.»

ELENA.—¡Ahí tienes, lo que yo acabo de decir! es el bribon más largo y disimulado de toda España.—¿Te parece á tí que salida tuvo?... que no tiene memoria para ciertas cosas... ¡Es más malo que una terciaca doble! ¿Y qué le replicaron?

AGUSTINA.—El señorito Gonzalo, se conoce le dijo mucho; pues comprendió al instante su diabólica travesura.

ELENA.—Vería que era una infame falsedad.

AGUSTINA.—No te acalores, que á todos dejó en buen lugar; pues dijo á tus amos, «que él respondía con su cabeza de las intenciones de García.»

ELENA.—Dificilillo será. ¿Y de qué intenciones habló?

AGUSTINA.—El constarle que no aspira á otra cosa, si no la de estrechar tu mano.—Después, dirigiéndose al señor coronel, le suplicó olvidase, así como á los demás, aquello de *avanzar á la señorita Isabel*, como un desatino, ó broma de no sé quién, pero de mal género; en que debió tener mas parte el diablo que nadie.

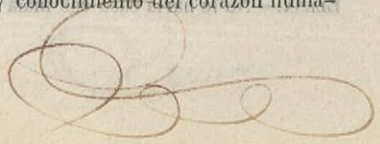
ELENA.—Él, que es peor que el espíritu maligno, y sin duda tiene su ayuda.

TERESA.—Vaya, chica, no te quejes; *responder con su cabeza de las intenciones de tu novio.*

GARCIA.—*Entra al mismo tiempo.*—¡Qué descuido! ¡qué abandono!... ¡Tres y tener la puerta abierta!

TERESA.—¡Qué susto!... ¡Creí que era otro!

GARCIA.—El que yo pasé cuando me abrió y me hizo entrar la señorita Isabel, no tiene igual.—Por fin, todo se arregló mejor de lo que se podía esperar, y he quedado contento del desenlace que ha tenido.—Sevilla acosado y envuelto por el *Génio*, en sus excusas y palabras, tuvo ocurrencias muy felices. Conoció, el gran pícaro, con quién se las iba á haber; y sin culpar á nadie, antes bien concediendo con amabilidad y travesura á uno y á otro cierta parte de razon, logró que nuestro enfado hácia él se cambiase en interés y simpatía; pues el *Génio*, le habló con tal viveza de espresion y conocimiento del corazón huma-



no, que hubo de desistir de sus ideas y sentimientos; confesando tambien sus errores y extravíos, en religion y política.

AGUSTINA.—¡Lo estoy viendo, y no lo quiero creer!

ELENA.—Propósitos del momento; y á la hora, otra vez á las andadas.

AGUSTINA.—No tanto, que ya lleva horas, y sigue muy otro de lo que era.

GARCIA.—Si no leyese periódicos avanzados, sacaríamos de él un gran partido.

AGUSTINA.—El mal está en inprimírlós. ¡Cuántas como yo deplorarán los estragos que hacen en los hombres esos papeluchos!

ELENA.—Desengáñate; tu marido es un demonio muy listo, que toma el disfráz que le acomoda. ¡No tiene remedio, pues está viciado hasta el corazón!

AGUSTINA.—¡Por que tú lo digas! Segun el señor García, los que comprenden como él las cosas, tarde ó temprano abandonan sus errores.

GARCIA.—Sí! la razon tiene mucha fuerza para un hombre de talento.

Ahora, con el permiso de Teresa y Agustina, tengo que hablar contigo.—*Se salen las dos.*

ELENA.—Deseaba esto mismo para preguntarte, si se oponen, ó no, los señores á nuestras relaciones.

GARCIA.—Las aprobaron; alegrándose mucho al saber lo que habia.

ELENA.—Ya lo creo; ¡poquito les haria sufrir su amor propio, su orgullo, lo que les habia dicho Sevilla!—Díme; al hablar de esto, ¿cómo lo hicieron?

GARCIA.—Isabel no habló apenas; pues lo calificó de *locura* con cierta dignidad y desdén.—Su tío, del *disparate mayor del siglo*; á pesar, dijo, de los muchos y muy grandes que se han hecho en esta época de ilustracion.—El señor coronel, manifestó, que, *ciertas personas se divierten en calumniar á otras inocentes.*—Pero el Génio...! ¡Válgame Dios qué fuerte y qué oportuno estuvo!... Entre otras cosas, difíciles de réferir, dijo: *la delicadeza de las palabras revela la del gusto.*—*Que él aborrecia las burlas, por que marchitan el corazón, destruyendo todos los sentimientos.*—*La malignidad, añadió, todo pretende espticarlo.* Y que solo ese hecho, *probaba el extremo del descaro, de la inmoralidad y bajeza.*

ELENA.—Ya lo creo; se despacharía á su gusto.

GARCIA.—Y de tal manera, que todo parece que lo penetraba y esclarecía. Pues habló tambien, aunque de un modo indirecto, sobre las ideas que profesa Sevilla, y de los males sin cuento que resultarían de su triunfo.

ELENA.—No le haria caso ese mala cabeza.

GARCIA.—No podia menos, al oírle referir los inconvenientes, motivos y causas de cada sistema, darle la razon por el que él defendia.

—Contestando á Sevilla, decia: «La verdad es antes que todo; eso que usted refiere es una infame falsedad. ¡Imposible es que Dios ayude á quien de esa manera piensa!—Este es un plantel de todas las ambiciones; y lo que usted defiende, el mayor delirio de los mortales.»

ELENA.—Y á todo esto, Sevilla, ¿qué replicaba?

GARCIA.—Se valió de los ardides más ingeniosos y estraños, en la defensa de sus ideas. No obstante, se declaró vencido y entusiasta del modo de pensar de Gonzalo. ¡Cómo le habló! Entre otras palabras de verdadero patriotismo, le dijo: «Cuanto usted cree, puede realizarse á fuerza de astucia; de perfidia y de una diabólica seduccion; pero eso traeria consigo la ruina de la patria, el descrédito, la bajeza y la infamia.»

ELENA.—Nos hemos distraido, dejando de hablar de nuestras relaciones por lo que no nos interesa.—¡Es lo que se puede oír; hasta nosotras las criadas, ocuparnos tanto de política!... ¡Ya se vé, no se oye otra cosa!

GARCIA.—Muchas veces sucede, lo que ahora á mí, hablar mucho de lo que no se piensa; así como tener sereno el semblante y agitada el alma.

ELENA.—Disimulas bien. ¡Y luego decis que las mujeres fingimos!... ¿Se puede saber en qué está fijo tu pensamiento y lo que agita interiormente tu alma?

GARCIA.—Luchó con el amor que te profeso, y cierto calofrío de disgusto que me produce tu indiferencia.

ELENA.—¡Estoy sofocada; no sé lo que me pasa!... ¿Será verdad?...

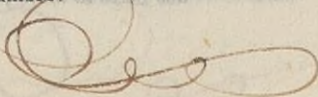
GARCIA.—¿Dudas de mi amor?

ELENA.—Lo he creído un pasatiempo; uno de tantos que se toman y se desahaban sin interesarse el corazón.

GARCIA.—¡A cuántas sucede lo que á tí!... ¡Ay, Elena, qué malo es jugar con el amor!

ELENA.—Sí, lo conozco; he tenido la desgracia de sentir las primeras impresiones, por quien no fuí correspondida; y tal es la desconfianza que se apoderó de mí, que solo tú eres capaz de cambiar este corazón casi de hielo.

GARCIA.—Si para mí tiene estimacion la vida es para pasarla contigo. ¿Por qué recelas tanto? ¡Ay, Elena!... la desconfianza marchita los más nobles sentimientos.—*Elena lleva el pañuelo á los ojos.*—
¡Sacadme de esta cruel incertidumbre!



ELENA.—Sí! tus palabras me enternecen y arrebatan el corazón!... ¡Pronto seré tuya!

GARCIA.—Sí, amada mía, al instante; así lo desean tus amos y mi anhelado corazón. ¡Vamos, pues!

ELENA.—¡Cuando quieras!

GARCIA.—¡Oh dicha!... Cuando todo esté dispuesto y arreglado.—*Se retiran.*

TERESA.—*Entra.*—¡Qué silencio!... ¡Cállala!... ¿Estoy sola? Agustina me ha dejado, y la interesante pareja no se vé por aquí.—*Mira el gabinete y demás.*—¿Si estarán en la alcoba? No. Por lo visto, se fueron. De seguro que no irían á rezar el Santo Rosario. ¡No hay más; se han burlado de nosotros!—*Se queda parada por-que oye ruido.*—Cállala!... ¡vienen mis señores!... ¡Eso falta!—*Abre.*

ESCENA VII.

GONZALO Y SEVILLA.

GONZALO.—Siéntese usted, Sevilla.

SEVILLA.—Permítame usted que esté de piés en su presencia.

GONZALO.—No faltaba mas: en mi presenciá puede usted estar como en su casa.—*Le aproxima una silla.*

SEVILLA.—Gracias, señorito.

GONZALO.—Estoy, Sevilla, intranquilo; pues según noticias y lo que yo comprendo, se está tramando una conspiración horrible; de esas que hielán la sangre con solo oirlo, y de espanto, y de terror el corazón. Hé ahí por qué me he tomado la libertad de molestar á usted, rogándole viniese á conferenciar un rato conmigo.

SEVILLA.—Algo se trabaja, si señor. Por lo demás, usted no me molesta; al contrario, es para mí el mayor honor y gusto servir á usted en lo que pueda, y oirle hablar cuanto más mejor. ¡Ojalá hubiera sido antes, no sería yo tan calavera!...

GONZALO.—Gracias, Sevilla; y pues que usted se presta tan gustoso á oirme, venga esa mano, señor calavera, como una prueba de confianza, de lástima y de patriotismo.—*Sevilla se mira con viveza dos veces la mano, y volviéndose un poco, dice á media voz:*

SEVILLA.—¡Hasta en el dar la mano se conoce que es un *genio*! Pues usted dirá, señorito.

GONZALO.—¡Sí, Sevilla!... los pensamientos de usted tienen toda la exaltación democrática; y en su consecuencia, revolotean en su mente ideas de venganza, de sangre, de escenas horrorosas que estremecen, que llenan de pavor el corazón; y si se realizasen, —¡Dios no lo consienta!— cubrirían de ignominia á esta nación noble, hidalga, los infames hechos de la anarquía.

SEVILLA.—No lo crea usted, señor.

GONZALO.—¿Cómo que no lo crea? ¿Ha leído usted la historia de las revoluciones; de esas grandes catástrofes sociales, cuyos crímenes han asustado al mundo?

SEVILLA.—He querido decir, que yo no soy tan republicano como usted me supone; pues el otro día, cuando oí á usted espresarse de aquel modo, casi dejé de serlo, y hoy, según trazas, voy á salir de aquí odiando á los demagogos con mis cinco sentidos y potencias.

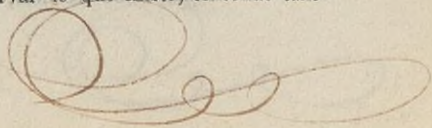
GONZALO.—Usted mismo acaba de decirme, «que algo se trabaja,» y yo sé que en esa trama el bullanguero Sevilla juega el principal papel.—*Sevilla calla en una pequeña pausa que hace el Genio.*

—¿Será posible?... ¿Usted el jefe de tan inícuos planes, de tan reprobadas doctrinas; cuyo objeto es perpetrar crímenes, tramar conspiraciones en contra de su patria?

SEVILLA.—Me buscan, señor... ¡Son tan grandes mis compromisos, que no puedo prescindir!

GONZALO.—Sin duda, le buscan á usted como hombre de recursos y de invención; de esos nacidos á propósito para conspirar, pues toda su vida no ha sido más,—según tengo entendido,—que una continuada lucha contra el orden y la legalidad. ¡Terrible misión!... Sí, Sevilla; usted pasa por el peor entre los malos, y se rodea con ellos para producir la alarma, el sobresalto, la consternación de los verdaderos y pacíficos españoles! ¿Compromisos para el mal?... ¡Nunca!

SEVILLA.—Yo no sé explicarme, señorito, y al oírle á usted, tan impetuoso como un huracán, tiemblo poco menos que la hoja en el árbol. Si he seguido esas doctrinas y política tan contrarias,—según usted dice, y yo ya lo creo así,—al bien y prosperidad de mi patria, ha sido, en primer lugar, el deseo de la venganza; que es muy dulce cuando uno ha sufrido tanto. Segundo, por ver si cambiando mejoramos; pues usted mejor que yo, conoce si hay grande interés en conservar lo que existe; teniendo tam-



bien presente lo aficionados que somos los jóvenes á las novedades, bullangas y revoltijos. Y por último, leemos y nos dicen tantas cosas que halagan, seducen y exaltan nuestras pasiones y sentimientos, que nos trastornan y nos comprometen.

GONZALO.—No solo sabe usted esplicarse cual ninguno de los que he oido de su esfera y condicion, sino que sus observaciones me han hecho comprender un claro talento y pensamientos nobles; pero mezclados con necias preocupaciones y lamentables extravíos, y más que todo, he notado la carencia de sentimientos religiosos.—Me ha dicho usted, que, «al oirme tan impetuoso, tiembla.»—¡Oh, quién pudiera arrebatár su corazón y el de todos aquellos que por la ignorancia y el error abrigan pensamientos de venganza, de furor y de sangre! ¡Quién pudiera conmovernos con sentimientos de férvido entusiasmo, de dignidad y honra como buenos y católicos españoles!.... Si soy enérgico, el asunto lo requiere; y mi alma impresionable, no me deja de serlo.—Pasemos ahora á los demás puntos.—¿Quién duda, de los que cuerdamente piensan, que esas doctrinas y política, que usted por desgracia ha seguido, no han de ser las que dén la felicidad de nuestra querida patria? ¿Se regenera una nacion á fuerza de escesos, de sangre y de lágrimas?... Y aunque así fuese, ¿podemos desear el bien por medio del mal?... ¡Qué es lo que usted dice, hombre sin fé ni creencias religiosas!... «¡Que la venganza es muy dulce!»... ¿Y sabe usted que deja un eterno amargor?... ¡Esos sentimientos convienen que duerman siempre en nuestro corazón!—¿Y qué diré á usted de esa esperanza absurda, ó loca ilusion, «de mejorar en los cambios?» ¿Ha sucedido alguna vez en estos treinta y cinco últimos años? ¿No hemos tenido, por el contrario, cambios muy frecuentes y crueles? Vuelvo á repetir; el bien aunque salga del mal, no se debe hacer éste por obtenerlo. ¡Esa es la moral santa, y no la máxima funesta que siguen algunos, *de que el fin justifica los medios!*—Lo demás; si es propio de jóvenes españoles, por su viveza y valentía, el entusiasmo y anhelo por ciertos cambios y novedades; tambien es propio de los hijos de esta heroica España tener un corazón noble y sentimientos dignos y elevados.

SEVILLA.—¡Ah, señorito!... ¡Todo soy de usted!... ¡Viva España!... y quien bien manifiesta sus sentimientos de dignidad y honra.

GONZALO.—Aún no he concluido; pues me resta confirmar y dar á usted la razon de su creencia, en atribuir muchos males y trastornos

por la libertad de la prensa periódica.—Si los hombres ilustrados, cuyo criterio y buen juicio está formado á fuerza de estudios y de una larga experiencia, se encuentran perplejos sin saber á qué atenerse en el inmenso cúmulo de ideas y sistemas que los periódicos manifiestan, ¿qué les sucederá al menestral y labriego en su ignorancia y buena fé?

SEVILLA.—Así está la sociedad, señor; unos locos y otros sin fé, sin patriotismo, sin nada... ¡Cuándo querrá Dios!...

GONZALO.—No hay que olvidar, Sevilla, que Dios domina la perversidad humana y la pone límites; ¡pues hay una voz en los crímenes que llega hasta el cielo!—Ya sabemos que el amor á la pátria es el pretexto de todos los ambiciosos; y que la ciencia de los gobiernos está en prevenir las peticiones de sus hijos, conocer sus necesidades y anticiparse á remediarlas.

SEVILLA.—¿Y si no lo hacen, señor?...

GONZALO.—Tendremos presente que la causa de los oprimidos es la causa de Dios. ¡Confíemos en El!... y esta resignacion y esperanza, será más gloriosa y positiva que los triunfos de otra clase.—*Sevilla se enternece y lleva el pañuelo á los ojos.*—¡Sevilla!... ¡abramos nuestra alma á sentimientos generosos! ¡No más venganzas y desórdenes!.....—Yo bien sé que hay una fasciacion y error en las calamidades mismas, y que los mayores culpables no hacen el mal por gusto; pues hay pocos que desciendan hasta ese abismo de perversidad.—¡Venga la felicidad de la pátria!...—*Levantando los brazos.*—¡Yo la anhelo cual ninguno, Sevilla; tanto como detesto á los que pretenden conseguirla por medios violentos, de desolacion y ruina!

SEVILLA.—¡Permitidme, señor, os diga de rodillas que habeis conquistado el corazon de este pobre loco!

GONZALO.—Levántate, Sevilla, y ven á mis brazos.—*Se abrazan.*

SEVILLA.—*Vivamente conmovido.*—¡Ah, señor!... ¡disponed de Sevilla hasta de su sangre!...

GONZALO.—Yo, no; España si la invaden sus enemigos.

SEVILLA.—¡Adios!... ¡Como vos querais!...

GONZALO.—¡Adios, Sevilla!—*Le dá la mano.*—¡Antes morir que una traicion, que una deslealtad semejante!

SEVILLA.—Señor!... mi palabra es palabra; desde hoy obedeceré á las autoridades, aunque manden condenadamente.—*Se sale.*



ESCENA VIII Y ULTIMA.

Entra DON ALFONSO; y despues, SU AMIGO Y SOBRINA.

ALFONSO.—Te hemos oído; has estado sublime. ¡Qué cierto es que para persuadir es preciso convencer!

GONZALO.—Y convencer. Las fibras del corazón son tan delicadas y sensibles, que los hombres al parecer más duros no pueden resistir sus efectos cuando los sentimientos los conmueven y agitan.

ALFONSO.—Isabel al oírte, se estremecía de entusiasmo

GONZALO.—¿Dónde está esa heroína?—*Se dirige á la puerta, y al mismo tiempo entra Isabel.*

ALFONSO.—Ahí la tienes, y á su tío deseoso de vuestro enlace.

GONZALO.—Gloria y placer de mi vida, tu presencia es toda mi dicha.

ISABEL.—Yo sin tí, no sé vivir: me enloquece tu amor.—*Ossorio y don Alfonso un poco distantes.*

GONZALO.—Deslumbrados están mis ojos con tantos atractivos.

ISABEL.—Bien mío, á tu voz se agita dulcemente mi corazón.

GONZALO.—¡Qué emociones secretas!... Siento por tu amor un delirio sublime, un continuo entusiasmo.

OSSORIO.—*No obstante de estar un poco distante.*—¡Sobrina mía, como Gonzalo ninguno!...

ALFONSO.—Queridos hijos, ¡cómo se armoniza con vuestra gracia y juventud la dulce intimidad que entre vosotros reina.

GONZALO.—¡Oh, padre!... ¡qué corazón voy á poseer!...

OSSORIO.—*Se aproximan y se dirige á la sobrina.*—¿Has visto nunca un carácter más elevado y un alma más noble y sensible?

ISABEL.—Querido tío, ya sé que Gonzalo es capaz de todo lo grande y extraordinario.

GONZALO.—*En el más alto grado de exaltación.*—¿Quién como tú ama á la gloria?... ¿Cómo he de resistir yo el torrente de delicias que mi corazón inunda?

ISABEL.—Tu esposa será el alma de tu alma.

ALFONSO.—Hija mía, tú harás feliz á Gonzalo si consigues modificar su impetuosidad y patriotismo.

ISABEL.—¿Quién es capaz de contener su alma vehemente y borrascosa?—
¿No es por ventura los males de la patria su inquietud más de-

voradora? Si la España lo necesita ¿no estaré yo á su lado? ¡No me pidais eso!

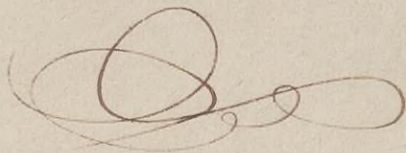
OSSORIO.—Está visto; el valor de un héroe se trasmite como un fluido magnético.—Sobrina, solo falta que tu mirada, si has de imitar á Gonzalo, sea como la del leon furioso; y que cuando hables, te parezcas tambien como él á la tempestad.—Si de este matrimonio resultan hijos; ¡pobres enemigos de España!...

GONZALO.—*Fuera de sí.*—¡Cielos!... su alma parece que está absorta en la contemplacion mas pura...

ALFONSO.—¡Hijos, míos! recibid nuestra bendicion y que el amor de Dios divinice vuestra existencia...

OSSORIO.—Sí!... á la Iglesia que os una!...

FIN DE LA COMEDIA.



verdadero? Si la España lo necesita ¿no estará ya en su labio? No me pidáis eso!

Gaspar.— Está visto: el valor de un héroe se trasmitió como un fluido magnético.— Sobrina, solo falta que la mirada, si las de mirar á Gonzalo, sea como la del león furioso; y que cuando hables, te parezcas también como él á la tempestad.— Si de este momento tratan hijos: ¡padres enemigos de España!

Gonzalo.— ¿Qué es de ti?— ¡Cielos!... en alma pura que está, absorba en la contemplación más pura...

Alonso.— ¡Hijos míos! recibid nuestra bendición y que el amor de Dios divida vuestra existencia...

Gaspar.— Si... la felicidad que os una...

FIN DE LA COMEDIA

